

12-2009

La Noche y Sus Silencios: Imágenes del Tiempo, Ansiedad y Muerte

Erika Elisa Garza
University of Texas-Pan American

Follow this and additional works at: https://scholarworks.utrgv.edu/leg_etd



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

Recommended Citation

Garza, Erika Elisa, "La Noche y Sus Silencios: Imágenes del Tiempo, Ansiedad y Muerte" (2009). *Theses and Dissertations - UTB/UTPA*. 411.

https://scholarworks.utrgv.edu/leg_etd/411

This Thesis is brought to you for free and open access by ScholarWorks @ UTRGV. It has been accepted for inclusion in Theses and Dissertations - UTB/UTPA by an authorized administrator of ScholarWorks @ UTRGV. For more information, please contact justin.white@utrgv.edu, william.flores01@utrgv.edu.

LA NOCHE Y SUS SILENCIOS:
IMÁGENES DEL TIEMPO,
ANSIEDAD Y MUERTE

A Thesis

by

ERIKA ELISA GARZA

Submitted to the Graduate School of the
University of Texas- Pan American
In partial fulfillment of the requirements for the degree of

MASTER OF ARTS

December 2009

Major Subject: Spanish

LA NOCHE Y SUS SILENCIOS:
IMÁGENES DEL TIEMPO,
ANSIEDAD Y MUERTE

A Thesis

by

ERIKA ELISA GARZA

Luz M. Martin-Ochoa
Committee Chair

Elvia Ardalani
Committee Member

Guadalupe Cortina
Committee Member

December 2009

Copyright 2009 Erika Elisa Garza
All Rights Reserved

RESUMEN

Garza, Erika Elisa, La noche y sus silencios: imágenes del tiempo, ansiedad y muerte.

Master of Arts (MA), December, 2009, 80 pp., 26 titles.

Esta tesis intenta representar la voz femenina a través de la escritura creativa de relatos.

Este libro se divide en tres partes importantes: “Niñez y adolescencia”, “Insomnios y otras ansiedades” y “Mujer y muerte”.

“Niñez y adolescencia” es un compendio de anécdotas y de la creatividad que combinan nostalgia, humor e inmadurez. “Insomnios y otras ansiedades” son relatos autobiográficos que ayudan a mitigar la ansiedad y que muestran a la escritura como una catarsis emocional que purifica. Por último, en el capítulo “Mujer y muerte” los relatos muestran escenarios que van desde los celos más inofensivos hasta al odio o la muerte.

DEDICATORIA

A la muerte del silencio

AGRADECIMIENTOS

Quiero dedicar esta creación primeramente a Dios por darme sabiduría y fuerza para terminar mi tesis y por no permitirme desistir, ni enfermar. A mis padres a los que amo tanto por su amor incondicional y por entender mi deseo de superarme. A mi esposo, por su apoyo y comprensión a lo largo de este proceso, y por su paciencia y ánimo que me alentaron a continuar con mis estudios. Quiero agradecer a la Dra. Ochoa por sus clases de composición y de teatro, por sus obras, por creer en mí como artista, por animarme a perseguir mis sueños, y por guiarme en el transcurso de mi tesis. A la Dra. Ardalani, por ser un modelo a seguir, por su maravillosa poesía y prosa, y por su interés en mis escritos. A la Dra. Cortina, por sus enseñanzas, por compartir sus conocimientos, por su entusiasmo y por siempre estar dispuesta a ayudarme. A Ana por leer mis escritos y darme sus comentarios. A Lolis por ser testigo de mi compromiso con la tesis. A Roxana por sus consejos. A mi hermana por aguantarme cada vez que le leía lo que escribía. A Yuri por sus palabras y por creer en mí y hacerme sentir importante. A Wendy y Efra por darme posada cuando necesitaba y por ir a ver mis presentaciones. Y para todos aquellos que de alguna manera u otra contribuyeron a la realización de esta tesis.

ÍNDICE

	Página
RESUMEN.....	iii
DEDICATORIA.....	iv
AGRADECIMIENTOS.....	v
ÍNDICE.....	vi
INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO I. NIÑEZ Y ADOLESCENCIA.....	16
La güera.....	16
Sansona.....	17
Prisionera.....	18
Teléfono descolgado.....	20
Recuerdos de una casa ajena.....	24
Lección de disciplina	26
A una tarjeta de navidad.....	29
Mi reflejo.....	31
Eighteen.....	33
CAPÍTULO II. INSOMNIOS Y OTRAS ANSIEDADES.....	34
Insomnio.....	34
Insomnio II.....	38

Insomnio III.....	41
Insomnio IV.....	44
Lo que no hice.....	45
¿Qué me preocupa?	47
No.....	48
Cuento los días para ser libre.....	49
Escribir cuesta trabajo.....	50
Quisiera ser una computadora.....	51
CAPÍTULO III. MUJER Y MUERTE.....	52
Testigo mudo.....	52
Asesinato múltiple.....	54
Disfraz	56
Líneas compartidas, líneas divididas.....	60
Emptiness	64
Enferma de odio.....	66
El peor cumpleaños.....	68
La mujer que se tragó un anillo.....	70
Muerto.....	74
Parsimonia.....	75
Cierro los ojos.....	76
NOTAS.....	77
BIBLIOGRAFÍA.....	78
BIOGRAFIA.....	80

INTRODUCCIÓN

Trato de hacer memoria y recordar cuándo es que sentí la inquietud de escribir. Es difícil acordarse del momento exacto, de la circunstancia, de la razón. Me vienen a la mente recuerdos, imágenes que se fusionan, que se entrelazan y se confunden como un montón de fotografías y mini videos que caen uno tras otro sin ningún orden, en los cuales yo soy la protagonista. Si me remonto al pasado, al recuerdo más lejano de cuándo es posible que comencé a escribir, se vuelven las páginas hasta mi infancia, páginas que por alguna razón habían sido borradas y que hasta ahora cobran vida propia. La niña comenzó con escribir canciones, soñando en que alguna vez sería famosa. Canciones pequeñas, que cantaba dentro de un gallinero en la casa de sus padres en México. La edad es borrosa, siempre fui muy madura para mis años, como adelantada, desde pequeñita comencé a hablar oraciones completas ante el asombro de las caras adultas. Tal vez sería la soledad, o solamente el deseo de jugar a ser grande, el caso es que escribo desde siempre y no me había dado cuenta. A los once años escribí mi primera canción oficial, inspirada en la muerte de la reina del Tex-Mex, Selena Quintanilla, la cual quedó en una hoja de papel, escondida en algún rincón de la casa de Mier¹, mi “Pueblo mágico”. Tuve la inquietud de seguir escribiendo, pero esta vez de mí, de lo que me pasaba, lo que sentía, en un diario diminuto, que guardaba los sentimientos más secretos y profundos de mi infancia y parte de mi adolescencia, y que está extraviado entre muebles y cajas y zapatos y recuerdos. Al entrar a la escuela secundaria, seguí

escribiendo, esta vez poemas y teatro. Poemas como para el día de las madres y teatro para cualquier día, por gusto, no para ningún concurso ni día especial, sino porque la pasión por el teatro era tanta que la imaginación y la creatividad no tenían límite. Antes de escribir teatro, el tono de mis escritos era en su mayoría nostálgico, triste, melancólico quizás; pero al escribir teatro, todo cambiaba, una chispa de comicidad incendiaba un mundo de risas con personajes ficticios como “Sinforoso y Pomposa de la Colina”². De todas maneras, fueron pocas las personas que supieron de su existencia.

A los quince años y medio, el 31 de agosto de 1999, mi vida tomó un giro inesperado. Inmigré a los Estados Unidos junto con mis padres y hermanos, en un intento de supervivencia y con la esperanza del sueño americano. No me vine por voluntad propia, sino que me trajeron “en rastras”. No me quedó otro remedio que aceptar la decisión de mis padres y adaptarme a una nueva vida, aferrándome a mi idioma, a mis costumbres y a los valores que había aprendido en mi país. Fue una lucha constante entre una cultura y la otra, entre acoplarme y olvidar o encajar e incorporar, sintiéndome por momentos dividida, y como “cada inmigrante como un desarraigado de su tierra nativa en doble trance de desajuste y de reajuste, de *desculturación* y *exculturación* y de *aculturación* o *inculturación*, y al fin de síntesis, de *transculturación*” (Ortiz 457). El proceso de transculturación no fue nada fácil, tuve que forzosamente aprender un idioma que odiaba y acostumbrarme a una nueva forma de vida, sin olvidar mis raíces, en otras palabras, ajustarme “a un nuevo sincretismo de culturas” (Ortiz 457). Aprendí rápido, más motivada por la rabia, por sentir que en vez de avanzar retrocedía, con coraje que poco a poco se fue convirtiendo en resignación, y que acabó volviéndose valentía y perseverancia. Nunca vi mi idioma como una desventaja, sino al contrario, el

aprender inglés fue un reto que no me aterrorizó, ni siquiera me intimidó, porque yo hice lo que quise y logré lo que me propuse. A los tres meses, ya estaba masticando el inglés en una obra de teatro para concurso. Recuerdo que ni siquiera entendía lo que decía, pero yo memorizaba y aprendía cada línea con tal esfuerzo y sacrificio, que en ningún momento me sentí inferior a mis compañeros actores, quienes hablaban inglés a la perfección. Mi acento era hermoso, marcado y auténtico, sólo comparado con el de las grandes como Salma Hayek. Mismo que junto a mi carisma y pasión en el escenario me dio el premio a la mejor actriz. Y aunque el hablar inglés me abrió puertas en la actuación, nunca dejé de defender a capa y espada el idioma español. Al mismo tiempo que comenzaba a leer libros pequeñitos en inglés, devoraba la biblioteca completa en español y escogía los más gordos e interesantes.

Fue ese primer año en Estados Unidos que conocí a Agatha Christie y que leí todos los libros que encontré de ella, ya que me intrigaba el misterio de sus crímenes y su admirable estilo y capacidad de creación. Su influencia en algunos de mis escritos tal vez pase desapercibida ya que no hay punto de comparación, pero de lo que sí estoy segura es de que sus libros dejaron una huella indeleble en mi mente.

En los siguientes años como estudiante, tuve que escribir en inglés, claro que como no era mi primera lengua, pensaba en español y traducía al inglés, lo cual provocaba siempre problemas de sintaxis, pero que no me impedía comunicar mi historia. De todas maneras, sentía que no podía expresarme totalmente como lo hacía en mi idioma, así tradujera palabra por palabra mis composiciones. Un día, en mi clase de teatro, fue a visitarnos una autora, no recuerdo su nombre, pero lo que sí recuerdo son sus palabras. Nos puso a hacer unos ejercicios para escribir, un tema, un tono, un par de

minutos y a luego leer frente a todos. Creo que se dio cuenta de que el inglés no era mi fuerte, y en uno de esos ejercicios pidió que escribiéramos en español. Al terminar de leer lo que escribí, me dijo en inglés “*I don’t know what it is, but you have a special talent when you write in Spanish.*” No sé si fue mi español perfecto, o mi expresión corporal, o la interpretación que yo le dí a mis palabras. Prefiero pensar que fue intuición artística lo que le provocó decirme eso. Lo cierto es que esa fue la primera vez que alguien creyó en mí como escritora y fue esa persona que no me conocía que me animó a seguir escribiendo.

Las composiciones seguían siendo en inglés y, aunque otros estudiantes escribieran muy formales y se apegaran a cierta estructura, yo siempre fui diferente. Escribía mis anécdotas y las adaptaba al tema, y en ellas no dudaba en usar algunas palabras en español, aunque supiera la traducción, porque así me nacía y me atrevía a escribir de esa manera a pesar del terror que me provocaba la maestra de inglés. Nunca criticó mi manera de escribir, al contrario, le parecía chistosa, y no me corregía mis palabras en español. A pesar de mi problema con la sintaxis, siempre obtuve A’s en sus cuatro clases de retórica y composición a nivel de colegio. Tal vez porque lo que importaba más para ella era el contenido y el estilo, la voz que se escuchaba al leer mis textos. Una voz muy parecida a la de Sandra Cisneros, quizás porque había leído su *House on Mango Street* y me había enseñado que estaba bien mezclar los idiomas, que estaba viviendo un mundo bicultural y que el hecho de que viviera entre el inglés de la escuela y el español de mi casa, no me obligaba a escoger entre dos lenguajes y que el uno no estaba peleado con el otro sino que se complementaban como parte de la vida del latino/a en los Estados Unidos.

Una clase que sin duda me mostró lo maravilloso del lenguaje y sus herramientas literarias fue la de Español VII AP³, en la cual aprendí a analizar narrativas y poesía por primera vez. Ese mundo de metáforas, símiles, personificaciones e hipérbolos, me abrió los ojos hacia un nuevo recurso que desconocía, pero que después de descubrirlo, me fascinó y me llenó de inspiración al escribir. Sin importar el idioma, ni el tipo de escrito, siempre encontraba la oportunidad de metaforizar, personificar o hiperbolizar lo que quisiera expresar y lo hacía tan naturalmente, sin tanto esfuerzo, que pareció volverse parte de mi vida diaria. Al escribir cuentos, no puedo evitar utilizar el lenguaje figurado ni dejar al lado la influencia poética, tanto que inclusive después de leer un cuento en público me han dicho que les gustó mucho el “poema” que leí. Y es que como lo expresa Julio Cortázar en su ensayo “Aspectos del cuento” el cuento “es el hermano misterioso de la poesía” (96). Lo cual significa para mí que son muy parecidos, me atrevería a decir que el cuento es el hermano mayor de la poesía, ya que difieren solamente en tamaño y en estructura, pero que finalmente nacen de una misma madre inspiración y que comparten elementos y figuras literarias que los unen en hermandad.

La necesidad de expresión fue lo que me llevó a escribir de nuevo. Una especie de catarsis mental y emocional, cuya inspiración llega en la madrugada y se va por la mañana. Tal vez sea por eso que la noche fue testigo de muchos de mis escritos. Es durante la oscuridad y el silencio que las palabras se deslizan con más desenvoltura, que fluyen como un río de ideas, a veces revuelto, a veces tranquilo. A veces hay momentos que cuando contemplo los objetos, éstos adquieren otra dimensión, se descubren espacios nunca antes percibidos por el ojo humano, espacios que se observan con todos los sentidos y que permiten apreciarlos de forma diferente, como si tuvieran vida propia. Y a

propósito de esto Pablo Neruda menciona que “Es muy conveniente, en ciertas horas del día o de la noche, observar profundamente los objetos en descanso” (440), con lo cual estoy completamente de acuerdo por que cada escritor encuentra el tiempo y el lugar para escribir o registrar la realidad. El momento ideal para mí es la noche, en soledad, donde no hay ruido que perturbe la creatividad y de esa manera me permita agudizar mis sentidos y percepción; el proceso de la creación se estanca y alborota entre el caos del día.

Uno de los temas recurrentes en mis escritos tiene que ver precisamente con la noche. El tiempo es un factor contra el que lucho constantemente y por lo tanto muchas veces termino escribiendo entre las sombras. Entre el trabajo, la casa o la escuela es difícil encontrar el tiempo para escribir, o escribo o sobrevivo. Y no sólo eso, sino que aún cuando duermo, o pretendo dormir, me despierto y en vez de pensar y perder el tiempo como suele suceder, registro las ideas que pasan por mi mente en mi cuaderno o en mi computadora portátil y por momentos escribo como si de esa manera recuperara un poco el tiempo perdido.

La numerología es otro elemento que me fascina. Las fechas, las horas con sus minutos, cantidades, cifras, edades son frecuentemente un detalle que prevalece en mis escritos. Tal vez sea una obsesión con los números, o con la precisión con la que pretendo expresarme; la mayoría de las veces es con el fin de lograr una verosimilitud o por lo menos una aproximación a la realidad. Una realidad que está marcada por fechas límite, por horarios estresantes, por sueldos miserables, por pagos y precios exagerados, por cambios, por años, por tiempo implacable.

Escribo de muchos temas, con distintos tonos, a veces sombríos, a veces cómicos, a veces violentos, a veces serenos. No quise limitarme ni a una forma, ni a un tema, ya que pienso que la literatura trata de representar la vida como un fenómeno diverso y heterogéneo. Vivimos en un mundo cambiante, lleno de paradojas, de bipolaridad, de altas y bajas, de tristezas y alegrías, de vida y muerte.

El dramatismo es otro ingrediente importante en mis textos. Soy dramática por naturaleza, ya que me fascina la actuación, el estar en un escenario es un arte que me apasiona. La influencia teatral está presente en algunos de mis escritos, los cuales, más que ser leídos silenciosamente, están creados para ser interpretados ante un público vivo. Mi experiencia como actriz y como declamadora de poesía empezó desde que tengo memoria, o sea desde que entré al jardín de niños. Ya en la adolescencia, participé en obras de teatro con personajes fuertes tales como *La Vieja*⁴ en *Tangentes* de Emilio Carballido, *Mother Maggie*⁵ en *Cinderella Waltz* de Don Nigro, *La Llorona*⁶ en “Bocón” de Lisa Loomer, *Ella* en “El espejo,” escrito también por Carballido, *Juana Gallo*⁷ en *Historia de amor* de Rochelle Chapa Sinder y más recientemente en *Soldado Razo* de Luis Valdez con el papel de *La Muerte*⁸, entre otros. Formé parte de distintos grupos teatrales, desde en la secundaria federal Presidente Adolfo Ruiz Cortines de Ciudad Mier, Mission Jr. High, La Joya High School, así como a nivel universitario en la Universidad de Texas Pan-American tales como ACTUE (Asociación Cultural de Teatro Universitario en Español) y Frontera Líquida, y en un grupo de teatro independiente Raíces de Dos Tierras.

Declamar poesía me dio la oportunidad de interpretar distintos tonos tales como de tristeza en “Un mensaje a los que debieron ser mis padres” de Fidencio Escamilla

Cervantes, de resentimiento en “Lo que hizo falta” de Javier Otero Rejón, de elegancia en “La bailarina española” de José Martí así como de reproche y crítica a los estereotipos de la mujer en “Tú me quieres blanca” de Alfonsina Storni y en “Kinsey Report” de Rosario Castellanos.

Estas experiencias en el escenario de alguna manera influyeron en mí. Poetas como Alfonsina Storni y Rosario Castellanos marcaron en mí una reflexión sobre la condición de la mujer que se ve reflejada en mis narrativas. Una reflexión que comenzó con Sor Juana Inés de la Cruz y sus “Hombres necios,” que se intensificó con el “Hombre pequeño” y “Tú me quieres blanca” de Storni así como también tomó fuerza con el poema “Kinsey Report,” la narrativa “Lección de cocina” y la obra teatral “El eterno femenino” de Castellanos. Ellas moldearon mi pensamiento feminista y me inspiraron a escribir sobre las experiencias de las mujeres y desde la perspectiva de la mujer, ya que por mucho tiempo nuestra voz fue silenciada y nuestra imagen manipulada, claro está, por modelos masculinos. De esta manera, nuestra voz trata de romper con mitos y estereotipos que por años han sido cultural y literariamente maniobrados con el fin de poner a la mujer como un ser inferior, sumiso y carente de inteligencia. Sor Juana Inés De la Cruz, Alfonsina Storni y Rosario Castellanos son modelos de sabiduría y tenacidad, que aunque criticadas por ser diferentes y atrevidas, me enseñaron a expresar y a representar a la mujer desde otra perspectiva, mucha más fidedigna y crítica. Lucía Guerra en su ensayo “Hacia la legitimación de la diferencia” argumenta:

representarse a sí misma significa transgredir las propias
construcciones culturales para incursionar en lo no
representado y lo no legítimamente representable, en una

escritura que implica bucear en las zonas silenciadas de ese yo sitiado en el vacío y más allá de los ámbitos asignados a un sujeto masculino y otro femenino (30).

La autorepresentación femenina en la literatura va más allá de escribir sobre la experiencia de la mujer, es una afirmación de independencia y voz propia que nos permite demostrar nuestra capacidad intelectual y contar nuestra historia y la de otras mujeres no representadas. De esta manera, la historia de la mujer a través de la mujer será mucho más realista, no como un estereotipo sino como un ser humano vivo, pensante y libre, no perfecto, ni idealizado, sino complejo e híbrido. Un ser de carne y hueso, no una muñeca o títere, que son huecos y se mueven por la mano de otro. Dejar de ser en la historia una muñeca muda para convertirse en un sujeto con voz y un sujeto de acción buscando una revolución no sólo en la escritura femenina, sino promoviendo la igualdad de condiciones y cambiando mentalidades, con el fin de lograr un cambio significativo en la sociedad en la que vivimos. Hélène Cixous asegura que

escribe como mujer y se está dirigiendo a otras mujeres porque tiene la convicción de que la mujer debe situarse en la escritura como un movimiento propio, del mismo como debe hacerlo en el mundo y en la historia. Todo cambiará, nos dice, cuando la mujer dé la mujer a otra mujer puesto que su economía libidinal producirá cambios políticos y sociales mucho más radicales de que algunos podría pensar (50).

Las mujeres no fueron las únicas que influyeron en mi formación como escritora; reconozco el impacto que otros escritores tuvieron en mi creación literaria. Lo mismo soy fanática de Horacio Quiroga como de Emilia Pardo Bazán, de Edgar Allan Poe como de Agatha Christie, de Julio Cortázar como de Sandra Cisneros. Sus cuentos o novelas aportaron inspiración y contribuyeron a mi fascinación por leer y explorar temas y estilos que de alguna manera me atraparon irremediabilmente y de los que me atreví a escribir.

El tema de la muerte es inevitable como ella misma. Quiroga, Poe, y Christie fueron para mí los maestros de la inmortalización de la muerte. Cada uno con su estilo propio y su peculiar forma de traspasar el papel con sus personajes y sus descripciones impecables. Quiroga, con su tensión magistral y su tono fatídico; Poe con sus inigualables crímenes psicológicos y violentos, y Christie con sus misterios extraordinarios y calculadores.

La muerte psicológica, violenta, inesperada, o silenciosa, por momentos se apodera de mi pensamiento a pesar del miedo y la negación, o quizás a través de ellos. Un hecho que sucede irremediabilmente y es impredecible y trágico, aterrador, pero que a su vez provoca curiosidad, y algunas veces seducción, como un personaje atractivo que en vez de miedo provoca placer. Julio Cortázar detalla magistralmente que “Todo cuento está predeterminado por el aura, por la fascinación irresistible que el tema crea en su lector” (102), lo cual es indiscutible, pero que aplica de igual manera a su escritor. Cuando escribo sobre la muerte depende muchas veces de mi estado de ánimo, del ambiente que me rodea, de muy posiblemente sentimientos destructivos y violentos: de rencor, de ira, de impotencia, de desesperación, de angustia o e inclusive de soledad. Sentimientos que en vez de exteriorizar de manera violenta, prefiero expresar de forma

creativa, escribiendo. El escribir es para mí una manera de expresar mis emociones sin matar a nadie, de desquitarme con lápiz y papel, en vez de con armas blancas o negras. Como dice Cortázar, “El escribir es exorcitar, rechazar criaturas invasoras y paradójicamente darles existencia” (111). Y eso es precisamente lo que intento, deshacerme de energías negativas, desahogarme con palabras y no golpes, una especie de depuración que al terminar de escribir, crea un alivio emocional y espiritual y la creación de nuevas existencias.

A diferencia de muchos escritores como Allan Poe, mi escritura no es planeada fríamente, sino más bien basada en la intuición, en el arrebato, en el recuerdo. Del mismo modo que Pablo Neruda, yo “escribo y escribo sin que mi pensamiento me encadene, sin libertarme de las asociaciones del azar” (439). Dejo que las palabras me lleven de la mano y me guíen y el proceso de creación llega a veces a convertirse en el cuento mismo. De tal manera lo pone Cortázar en su ensayo “Del cuento breve y sus alrededores” cuando explica “la línea verbal que dibujará a los cuentos arranca sin ningún “think” previo, hay como un enorme coágulo, un bloque total que ya es el cuento” (114).

A veces escribo sin pensar en los demás, sin importar lo que la gente dirá, siguiendo el consejo de uno de los maestros a quien más admiro: Horacio Quiroga. De acuerdo con su último precepto del “Decálogo del perfecto cuentista,” el aconseja a quienes escriben: “No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia, cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la *vida* en el cuento” (71). No obstante, escribir es más que una creación instintiva, una construcción elaborada que parte del instinto pero que se desarrolla y se enriquece con

palabras, lenguaje literario, descripciones e imágenes sensoriales. Además, el proceso de de la escritura va más allá, se requiere revisar y editar, pulir los pensamientos y las palabras con el fin de expresar de la mejor manera las ideas y el contenido, creando productos de calidad.

Un elemento que utilizo con frecuencia en mis relatos es el autobiográfico y en ese sentido me identifico con lo que señala Germán Gullón:

La mujer como autora tiende más que el hombre hacia el biografismo.

Circunstancia que es aceptada comúnmente; de hecho las críticas feministas de los años sesenta, cuando esta veta de los estudios culturales comenzaba a tomar impulso, se caracterizaban, entre otras cosas, por su fuerte carácter confesional, por el deseo de dejar constancia de su experiencia particular, para que así, al ser contrastada por los posibles lectores con la suya propia, se fuera creando un ambiente de solidaridad entre las personas del mismo sexo (49-50).

La mayoría de las veces escribo en primera persona, lo cual no significa que todas esas primeras personas sean yo. Es como la voz poética que no siempre es la misma que su autor o autora. Más bien, es una manera de escribir, desde una perspectiva íntima, que busca una representación verosímil y que la encuentra a través del yo. Como lo dice Julio Cortázar, quien fue criticado por su uso excesivo de la primera persona, defiende su postura al argumentar que la primera persona no es sino “una tercera persona disfrazada” (111). Ese disfraz que utiliza Cortázar es muy parecido al que utilizo yo en algunos de mis relatos. Es un disfraz que bien puede servir tanto a la primera, como a la segunda o la tercera persona y que de alguna manera ayuda a expresarse de una manera diferente y sentirse como uno de los personajes y actuar a través de él como en una obra de teatro.

Es una máscara que permite escribir sin inhibiciones ni límites. Como mujer escritora, me siento comprometida con ese yo del que escribo. Intento plasmar con mi pluma una representación no solamente de mí sino de las mujeres, dándoles a través de la escritura una voz de expresión que estaba silenciada, desencadenándolas, buscando una autonomía capaz de provocar una metamorfosis cultural y literaria que nos otorgue la igualdad de condiciones tanto en la vida diaria como en la literatura, la cual es indispensable. De acuerdo con Cixous: “Es necesario que la mujer se escriba porque es la invención de una escritura *nueva, insurrecta*, lo que, cuando llegue el momento de su liberación, le permita llevar a cabo las rupturas y las transformaciones indispensables en su historia” (551).

Mi tesis creativa consiste de una colección de relatos: algunos extensos, otros breves, otros microscópicos. Todos, inclusive los más pequeños insisten en provocar en el lector un sentimiento, una reacción, o hasta crear conciencia o simplemente hacerlos reflexionar o reír. Lo importante es ir más allá de lo esperado y como dice Cortázar “Un cuento es significativo cuando quiebra sus propios límites con esa explosión de energía espiritual que ilumina bruscamente algo que va más allá de la pequeña y a veces miserable anécdota que cuenta” (99). Los temas que se manejan en ellos van desde la niñez, la adolescencia, las preocupaciones, el machismo, la violencia y la muerte, temas que se entrelazan unos con otros y en los cuales la figura central es la mujer.

Mi libro está dividido en tres capítulos: “Niñez y adolescencia”, “Insomnios y otras ansiedades” y “Mujer y muerte”.

“Niñez y adolescencia” es un compendio de anécdotas y de la creatividad que combinan nostalgia, humor, e inmadurez. Los títulos que se incluyen en esta colección son: “La güera”, “Sansona”, “Prisionera,” “Teléfono descolgado”, “Recuerdos de una

casa ajena”, “Lección de disciplina”, “A una tarjeta de navidad”, “Mi reflejo,” y “Eighteen”.

“Insomnios y otras ansiedades” son relatos autobiográficos que ayudan a mitigar la ansiedad y que muestran a la escritura como una catarsis mental y emocional que purifica. Sus títulos hablan por sí mismos: “Insomnio I”, “Insomnio II”, “Insomnio III”, “Insomnio IV”, “Lo que no hice”, “Qué me preocupa”, “No”, “Cuento los días para ser libre”, “Escribir cuesta trabajo” y “Quisiera ser una computadora.”

Por último, en el capítulo “Mujer y muerte” los relatos muestran escenarios que van desde los celos más inofensivos, al odio, a la muerte. Cada uno de ellos busca crear conciencia ya sea feminista o social ya que tanto la manipulación psicológica de la mujer y la violencia son ambos crímenes que merecen justicia. “Testigo mudo,” “Asesinato múltiple,” “Disfraz,” “Líneas compartidas, líneas divididas”, “Emptiness,” “Enferma de odio,” “El peor cumpleaños,” “La mujer que se tragó un anillo”, “Muerto”, “Parsimonia” y “Cierro los ojos,” forman parte de esta colección.

Esta colección es el fruto de meses de esfuerzo y de entrega. De momentos de desesperación, de desvelo, de olvido, de recuerdo. Es una mezcla de vivencias, sentimientos, realidades, pensamientos, y creaciones que representan una realidad, que aunque ficcionalizada, está empapada de verdad. Escribir es la manera que encontré para liberarme de mis propias ataduras: las físicas, las psicológicas, las reales, las inventadas. Me ayuda a liberarme, a desatar los nudos que encuentro y los que hago yo misma.

Creo firmemente que es necesario mostrar la experiencia femenina, sus preocupaciones, sus miedos, su realidad, desde el punto de vista femenino. Mis escritos tienen voz de mujer y es precisamente esa voz la que exige ser escuchada y de alguna

manera lo logra a través de la escritura, una comunicación que es aparentemente silenciosa pero que en realidad es un grito a voces.

CAPÍTULO I

NIÑEZ Y ADOLESCENCIA

La güera

Había una vez, en un pueblo mágico, una niña de ojos verdes, cabello rubio, que parecía una muñequita del pastel. Nunca tuvo hermanos porque su mamá tenía miedo a que le salieran prietos. Le había prohibido salir a jugar al sol para que no se le quitara lo güero. Siempre le cuidaba su cabellera dorada lavándola con Manzanilla Grisy. La güerita llegó a la adolescencia y se tiñó el pelo de negro.

Sansona

La primera vez que me fui de vacaciones estaba yo muy chiquita para recordarla. Sólo sé lo que me cuentan mis padres. En aquel tiempo tendría algunos tres o cuatro años cuando mi familia y yo fuimos a conocer al estado de Durango, tierra de los alacranes. (Sólo de escribirlo me provoca escalofríos. Y es que yo les tengo pavor.) No había día en que no apareciera uno. Por las noches, rebuznaba un burro. Prácticamente estábamos en rancho, rodeados de naturaleza, animales, y por supuesto, alacranes. No sé de donde saqué la idea de que si me estiraba el cabello cuando rebuznara un burro, éste iba a crecer. Y efectivamente, creció, el cabello no el burro, ya que cada noche al oír los rebuznados, Erikita, o “Periquita”, como me había bautizado mi tío Marcelino, culpable de que fuéramos de vacaciones a su tierra, se jalaba las greñas al mismo tiempo que decía “Que me crezca, que me crezca.” No sé si fue la constancia, o la perseverancia, o la insistencia, o el estiramiento del cuero cabelludo, pero después de ese verano, mi cabello creció y creció hasta obtener los tan deseados y admirados rizos que por años adornaron mi cabellera negra azabache que caía hasta donde la espalda pierde su nombre.

Pasó el tiempo, quizás unos cuatro o cinco años, sin que a esa hermosa melena rizada le pasara tijera alguna, cuando la Erikita acompañó a su tía a la estilista. Recuerdo que en aquel entonces el dólar había aumentado de tres a siete pesos. Yo tenía uno; el corte de pelo costaba diez pesos. Mi tía, ya acostumbrada a su cabello corto fue a despuntárselo. Yo, con mi inocencia, sentí unas ganas enormes de cortarme el cabello hasta los hombros, pero no estaba segura de poder hacerlo. Al sentarme en la silla elevadora, la mujer me preguntó, “¿Cuánto quieres que te corte?” Yo le contesté, “Siete pesos.”

Prisionera

Yo quería ser libre. Libre como el viento, los pájaros, la lluvia, las estrellas, el humo transparente, la caricia invisible. Así. Libre. Sin tener que permanecer encerrada entre estas cuatro esquinas, acompañada de colores naranjas y vibrantes, amarillos empañados, rojos palpitantes y cafés tristes. No me resignaba a estar atrapada ni mucho menos atada, condenada a no saber qué había del otro lado del lienzo, condenada a vivir aprisionada dentro de este cuerpo prestado, insensible, seco.

Por las noches, escuchaba los ruidos que produce el silencio. La soledad era la más ruidosa de todas. Me perseguía hasta en sueños y para colmo, no quería separarse de mí. Era mi eterna compañera. Un día la enfrenté, como se enfrenta al peor enemigo, que a pesar de serlo, duerme a tu lado, y te acaricia y te hiere a la vez. Le dije:

— ¿Por qué no me dejas en paz? ¿Por qué no puedes respetar mi dolor? Ingrata compañera. Te odio. Déjame. No quiero tus limosnas. Te odio, te odio, te odio... — le grité muchas veces y se lo escupí en la cara.

— No te dejo, porque si te dejara, ya estarías muerta.

— Entonces déjame morir.

Sí, esa era mi solución. Aunque ésta me llevara al infierno. Tal vez sería lo mejor. Al menos no seguiría sola. Pero por un momento, esa idea espantosa se escurrió de mi mente. Una pequeña lucecita de esperanza brillaba para mí. Fue entonces que decidí que aún podría encontrar una mejor salida.

El día de la exposición, después de permanecer entre la oscuridad de una sábana y este rasposo trapo lleno de pintura seca, mis ojos se llenaron de luz. Seres raros me miraban con asombro y algunos hasta se asustaban. A otros les daba risa, pero los que en

realidad sabían apreciar el arte, descubrían mi tristeza y muchas veces hasta me observaban con lástima. Sólo uno de ellos me miró diferente. La más pequeña, la que todavía estaba llena de inocencia. Se acercó a mí más de lo normal y me susurró:

— ¿Por qué estás tan triste? ... ¿Sabes? Yo sé lo que te pasa. No te preocupes. Yo te ayudaré.

En sus ojos había una luz especial que los hacía brillar como dos luciérnagas. Sin tener que decir nada, ella adivinó mi dolor y quiso ayudarme a aliviarlo. No le pude contestar porque no estábamos solas. Tuve que quedarme inmóvil para que nadie sospechara. Después de un rato desapareció y me sentí más triste que nunca.

De pronto, sentí un estremecimiento y un movimiento brusco me hizo perder el equilibrio.

— ¡No, por favor! ¡No pongan esa sábana sobre mí! ¿A dónde me llevan? Déjenme aquí. ¿Dónde está la pequeña que me iba a ayudar? — grité por dentro. Mas era un llanto silencioso, profundo, impotente y seco como mi cuerpo.

Por un instante, perdí la noción del tiempo, y cuando abrí los ojos no pude creer lo que veía. Ni mis manos ni mis piernas seguían atados a esos hilos dolorosos. Y lo que era mejor aún, ya no estaba atrapado entre esas cuatro esquinas. Volteé a un lado y pude ver el cuadro. Mi silueta recortada. Volteé al otro y encontré unas tijeras azules. Antes de que pudiera hacer nada, unos brazos me envolvían, los brazos de la pequeña que poco antes me susurró en la galería, la niña que cumplió mi sueño, ser libre.

Teléfono descolgado

Azul nunca pensó que pudiera conocer al muchacho de la *prepa* que tanto le llamaba la atención desde que lo vio cantar en la rondalla una vez en la plaza municipal. Pensó que era algo casi imposible el pensar que algún día él siquiera le dirigiera la palabra ya que ella sólo estaba en la secundaria y muy apenas lo había visto de lejos. Además, era tan apuesto, tan interesante, tan educado, tan talentoso, tan inalcanzable... Tanto, que tal vez ni siquiera se había dado cuenta de que existía por ahí una muchachita ilusa llamada Azul que cacheteaba las banquetas cada vez que lo veía.

Cuán fue su sorpresa cuando un día, un grupo de jóvenes de la veintiúnica preparatoria del pueblo llegaron a invitar a los estudiantes de secundaria que estaban a punto de graduarse a ingresar a esta escuela de educación superior. Entre ellos, estaba él, el príncipe que Azul había esperado por tanto tiempo. Todos tenían algo que decir al frente de la clase, pero ninguno era tan importante como el que habló al último. Ariel, que así se llamaba, parecía haberse percatado de la insistente mirada de Azul que tenía sus ojos sobre él durante toda la presentación, disimuladamente, claro está. Cuando de su boca empezaron a salir las palabras, su cara tomó un color vibrante que se asemejaba mucho al rojo de sus labios. Todo mundo se había dado cuenta de que a él también le gustaba Azul.

Al término de la presentación, los maestros, nada tontos, se abalanzaron sobre Azul, quien era una de las alumnas más destacadas de la institución. Se desvivían por convencerla de que tenía que continuar su educación en su preparatoria, y no en la mejor opción que estaba a sólo quince minutos de distancia en automóvil en la ciudad vecina. Mientras tanto, a los demás estudiantes les entregaban formularios para dar sus datos. Y

ahí estaba él, esperando que los maestros dejaran de bombardear a Azul con sus preguntas tontas y le dejaran el camino libre para poder al menos dirigirle la palabra por primera vez. Al fin, los profesores dejaron a Azul en paz, y el príncipe aprovechó el momento para decirle que le gustaría que entrara a su preparatoria.

Azul ya tenía en sus manos el formulario que debía llenar, y él se mostraba impaciente por recibirlo de sus manos. Azul, que ya sentía los revoloteos de mariposas en el estómago, revisó cuidadosamente la información que tenía que escribir: nombre, dirección, teléfono,... ¿TELÉFONO? Todo menos su teléfono, pensó ella. Aunque le parecía algo imposible, temía que su príncipe fuera capaz de robarlo, y si así fuera, no sabría qué hacer si el le llamara. Pero ni modo. Se tranquilizó por un momento y llenó con su mejor caligrafía el papel que le cambiaría el destino. Lo hizo lentamente, como para hacer tiempo para que él se moviera de lugar y dárselo a alguien más. Y así fue. Por fortuna, uno de los maestros lo llamó y Ariel tuvo que dejar libre a su presa. Azul de inmediato se le dio a una de las chicas que venía con él. Al poco rato, todos los estudiantes de preparatoria se despidieron, y el suplicio (que así lo calificaba) se acabó para la indecisa, tímida y algo tonta de Azul.

Como Azul era una de esas muchas hiperactivas que estaban involucradas en cuanta actividad extracurricular existía, tan pronto llegaba a su casa, tan pronto regresaba a la escuela. A pesar de que su hora de salida de la secundaria era a la 1:40, para las 2:30 ya estaba de regreso para sus ensayos de estudiantina, coro, teatro, poesía, y escoltas. No era sino hasta las nueve de la noche que Azul regresaba a casa. En cuanto llegó esa noche, su mamá la esperaba con una noticia inesperada. “Te estuvieron llame y llame” le comentó al momento en que cruzó la puerta. Azul, que no quería ilusionarse con la idea

de que había sido su príncipe el que la llamaba con tanta insistencia, prefirió pensar que había sido su compañera Rosaura quien la solicitaba, seguramente para hacer la tarea por teléfono, como de costumbre.

Pero no. Lo supo al escuchar a su madre pronunciar el nombre de su amor platónico. Y se quiso morir. Bueno, no tanto. Azul, contenta porque ella no había estado para contestarle, sintió alivio por llegar tan tarde a casa y no tener que enfrentarse con lo que tanto temía. Pero no le duró mucho el gusto, ya su querida madrecita le dijo que Azul llegaría a las nueve. En ese momento, a Azul se le heló el corazón y sintió cómo sus palpitaciones hacían eco en su pecho enamorado. Ahora sí se quería morir. En un segundo, volteó a ver el reloj, y para su desgracia, eran las nueve en punto. “¡Qué hora más inoportuna!” pensó en voz alta.

Y corriendo como toda una maratonista se dirigió al cuarto de sus padres para descolgar el teléfono e impedir que su sueño imposible se volviera realidad. Mas fueron los segundos más largos de su vida ya que parecía que todos sus movimientos eran en cámara lenta. Y en el preciso instante antes que tocara la bocina para descolgarla, el maldito *ring ring* del teléfono arruinó su plan. Estaba entre la espada y la pared, y lo único que se le ocurrió fue levantar la bocina y escuchar la voz que la esperaba del otro lado del auricular. Era él, con su voz varonil y atractiva. Una voz que lo único que logró fue que Azul colgara y descolgara el aparato una y otra vez para escaparse del encuentro con su ya no tan platónico amor. Y lo dejó descolgado por el resto de la noche.

A la mañana siguiente, Azul, arrepentida por la estupidez que había cometido al rechazar al hombre de sus sueños, se resignó a perderlo para siempre por ser tan grosera y malagradecida con el pobre muchacho. Les contó a sus amigas su hazaña, que lejos de

serlo, parecía más bien cobardía, y todas le hicieron sentir como una chinche.

Desilusionada por su poquedad, llegó a casa y no quiso saber nada más de teléfonos. Se fue a tomar una ducha y mientras cantaba en la regadera, su hermano le gritó: “Azul, te habla el jabón” – y la canción se volvió muda. Al principio pensó que era una broma de su hermano y desechó la idea de que en verdad fuera su jabón Ariel el que la había llamado.

¡Qué equivocada estaba! El príncipe no se había dado por vencido y seguía insistiendo para hablar con la princesa Azul. Esta vez, Azul salió de bañarse y valientemente decidió enfrentar, de una vez por todas, la situación, y como su querida madre le dijo al jabón que hablara en quince minutos, Azul lo esperaba puntual. Más de una vez le pasó por la cabeza el irse a la escuela y dejarlo plantado de nuevo, pero una fuerza mayor la hizo que se quedara. Y el teléfono sonó. Una. Dos. Tres veces. Y Azul respiraba profundamente para calmarse los nervios y levantar la bocina, esta vez sin colgarla. Ariel, como todo un caballero, se presentó ante Azul y le contó cómo había obtenido su teléfono. “Memoricé todos tus datos, tu nombre completo es Azul..., vives en la calle Fulana, y tus papás se llaman Fulana y Zutano de tal.” Azul se impresionó tanto con la astucia de su insistente galán, que no pudo decir no a su pregunta al final de la conversación, “¿Quieres ser mi amiga?” Y así fue como Azul se enamoró por enésima vez.

Recuerdos de una casa ajena

La casa donde crecí ya no es mi casa. Dejó de serlo el día que mi familia y yo tuvimos que renunciar a ella. Hace más de seis años que la dejamos abandonada, sola y triste. Nosotros nos fuimos, pero en ella se quedaron los recuerdos acumulados de más de 15 años. Se quedaron los viejos muebles, la ropa que no pudimos llevar con nosotros, los libros de primaria que guardaba como recuerdo, los zapatos que no me decidía a tirar porque me gustaban mucho, todo lo que quedó atrás porque no cabría en la diminuta casa móvil a la que nos mudamos. En fin, tantas cosas que ni siquiera tengo la certeza de que aún sigan con vida o si ya de tristeza, o de humedad, o de frío, o de calor, o de abandono hayan muerto.

Mi casa era grande, o más bien dicho, es grande. Recuerdo cómo mis amigas y yo preferíamos ir a mi casa porque había mucho espacio y acostumbrábamos hacer reuniones sociales en mi recámara. Solo éramos cuatro, pero no nos hacía falta nadie más. Mas de aquel amplio y espacioso cuarto ya ni la sombra queda. Ahora está repleto con los muebles del resto de la casa: una vitrina atravesada, tres camas amontonadas acá, libros esparcidos por aquí, cuadros guardados por allá, juguetes desparramados en cajas, un ropero mal parado, una computadora antediluviana... Todo incrustado en una sola habitación.

Los cuartos que faltan por recorrer y que antes lucían agradables y sencillos, ahora tienen un aspecto deteriorado y sucio que los hacen ser más que tristes, deprimentes. Las paredes, antes de un color salmón precioso, ahora se tornan grises, manchadas, adornadas con escarapeladas de pintura vieja. Pedazos de revista pegados con resistol en las paredes de la que antes era mi sala, la afean y degradan.

La mesa de seis en la que una vez antes de mudarnos, se me quedó grabado el momento en que mi padres me dijeron que comiera porque ese era el último plato de sopa que nos quedaba, y de la preocupación ni comí, ahora ya no tiene patas y debe estar rumbada en algún basurero.

El piano que tantas veces estrujé con mis dedos deseosos de aprender a tocarlo ahora debe estar en manos de otro niño o niña que no lo ha de querer tanto como yo lo quise. Recuerdo que fue él, a través de las manos de la insoportable y odiosa de Mayela, ex compañera de secundaria, quien me dio mi despedida al tocar Las Golondrinas.

Las fiestas de Navidad y Año Nuevo que se festejaban en mi casa llena de música y relajo, llena de baile y carcajadas, ya no se repetirán. Los tiempos en los que la familia entera: abuelos, tíos, primos, y colados celebrábamos en mi casa, se quedarán en los recuerdos de una casa que ya no me pertenece.

Mi casa yo no es la misma. Cada vez que la visito siento desesperación y desasosiego, como si el olor a humedad penetrara en mi ser y no me permitiera ver lo bella que antes era. Ya no tengo ganas de ir a mi casa. No es cierto que la extraño. Es extraña para mí, la desconozco y no me puedo imaginar que más de quince años viví en ella. Siento como si nunca hubiera estado ahí. Como si fuera una de esas casas que se ven en los sueños sólo una vez y después se olvidan. Un recuerdo vago de una casa ajena.

Lección de disciplina

a 7 de marzo de 2009

A quien corresponda:

Solicito urgentemente apoyo y comprensión. Antes no me había atrevido a decir nada por temor a que se me juzgara como inepta, (¿no habrá un mejor sinónimo? Ah, sí. In- com- pe – ten- te) incapaz de controlar a un grupo de animales descarriados. (Mmmm, ¡No!, se oye muy feo, de adolescentes rebeldes.) Por que no hay otro concepto que los describa mejor. ANIMALES. (Es verdad, pero, hay que suavizarlo, mmm de ¿irrespetuosos? No. ¿Insolentes?, no. ¿Descocados? Perfecto, pero demasiado coloquial. Irreverentes. ¡No! MALCRIADOS, como quiera se oye feo pero ni modo.) Una vez se los dije y se ofendieron: “¿Estoy hablando con gente o con animales? Porque hasta los perros escuchan y obedecen.” (Ay, tal vez no sea necesario mencionar esta anécdota). Nunca en mi vida profesional me había topado con personas tan irrespetuosas y groseras, tan indisciplinadas y rebeldes, tan vulgares e inmaduras. ¿Dónde quedaron los valores? Los de estos malcriados, seguramente en la basura. Usted sabe que esta generación es de lo peor. No me dejarán mentir mis compañeros. La educación les vale madre. (Que diga, no les importa). Y si a ellos les vale madre, ¿por qué chingados me va a importar a mí? (Quiero decir, si a ellos no les interesa con qué gusto voy a enseñarles yo). Estoy harta (cansada se oye más bonito) de gastar mi tiempo en preparar clase sin poder impartirla, de hacer copias que terminan regadas (tiradas accidentalmente) en el suelo, de hablar sin ser escuchada, de verme obligada a gritar (levantar la voz) para que se callen el hocico, (mantengan en silencio) de tragarme el coraje para no perder mi trabajo (de comerme... ay no, mejor lo borro). Gracias a ellos, es que empecé a odiar (eh, qué será

mejor, ¿menospreciar?, no más bien, detestar,...*inguesú*, luego cambio esto) mi profesión. Hay veces, muchas veces, en las que he pensado en *quüitear* (¿cómo se dice *quüitear* en mexicano? ¿Cómo era, como era, como era? Uff, renunciar). Pero no les voy a dar el gusto a esos hijos de su pinche madre (niños traviesos). Eso sí, ganas no me faltan. Si no fuera porque en verdad necesito el dinero (eso no, no seas mensa, porque en verdad disfruto mi trabajo y amo a los pequeños demonios, que diga pequeños discípulos), ya lo hubiera hecho. Pero yo no soy débil. Yo soy más fuerte que ellos, lo que pasa es que son muchos contra una sola. Si yo fuera directora, con el respeto que usted se merece, no dejaría que las clases tuvieran más de veinte alumnos, y se me hacen muchos. Nos ahorraríamos tantos problemas... Pero ¿qué pasa? se van maestros y en vez de contratar más para reemplazarlos, reparten sus huercos (estudiantes) como si fueran perros (cachorritos indefensos). Catorce más para Fulana, diez más para Mangana, trece más para Zutana... por clase. Si de por sí, las clases ya eran insoportables, (difíciles) con diez bocas más hablando y quejándose a la vez, insultando y gritando majaderías, escupiendo cucarachas y víboras y gusanos asquerosos, ahora son insoportables al cuadrado, qué digo al cuadrado, a la tercera potencia. (ya me cansé de estar cambiando cosas, al final lo hago, chinge su madre) Pero para describir más vívida y metafóricamente a lo que me refiero, necesito encontrar las palabras precisas. ¿Animales del circo? No, no, no, no. Esos están amaestrados y hasta tiene gracia y talento. Definitivamente, esos no. ¿Del zoológico? Mmm..., no éstos están domesticados y son tranquilos, tampoco. Ya sé, de la granja, tal vez por el ruido, quizás por una parte sí, ya que algunos son tercos y brutos como los burros, otros cochinos y marranos como los puercos y unas escandalosas y cacaraqueras como las gallinas. Pero ninguno de estos es

venenoso ni salvaje como algunos. La selva. Sí, animales de la selva, bestias maleducadas, algunos ruidosos e hiperactivos como los changos, y otras ponzoñosas y peligrosas como las víboras, o violentas y egoístas como las hienas, y otros platicadores como los cotorros y las guacamayas. Para ser exactos, una fusión entre selva, cantina y manicomio. Pero no es tan difícil entender que el número de alumnos puede hacer una diferencia ya sea positiva o negativa. Es fácil si usamos la analogía de la madre y un montón de hijos. Si usted ya ha leído en *The House on Mango Street* de Sandra Cisneros el capítulo titulado “There Was an Old Woman, She Had so Many Children, She Didn’t Know What to Do,” sabrá exactamente de lo que estoy hablando. ¿Cómo puede una madre sola criar a tantos hijos, sin el apoyo de una figura de autoridad? No se les puede dar la misma atención a todos, por lo tanto, están malcriados e insoportables. Y hasta las personas que se preocupaban por ellos, los ignoran porque no tienen respeto ni remedio. Lo mismo pasa con nuestros alumnos, siendo tantos, es casi imposible poder educar y enseñar a todos, y peor aún, ni siquiera los que quieren aprender podrán hacerlo si los demás no los dejan. De antemano, le agradezco su ayuda.

Atentamente: La Miss. (Ay qué mensa, se me olvidaba que la directora no lee en español, voy a tener que traducir la carta):

March 7, 2009

“To Whom It May Concern:

Dear Principal, I would like to request the removal of some of my students from my classroom. I think this will solve many discipline problems. I appreciate your time in this matter.

Sincerely,

Ms Cándida Malacara” Punto.

A una tarjeta de Navidad

Hecha a mano con los materiales más caros del mundo: un *construction paper* amarillo, tinta negra y deseos sinceros. Sin *Santacloses*, ni noches buenas, ni pinitos, ni adornos navideños, ni caramelos. Sólo un dibujo de un honguito pequeñito, lindo y distinto en la portada y adentro una libre mariposa volando cerca de una pintura con algo así como un sol. La encontré abandonada a su suerte, peligrando ser olvidada para siempre, ya no sé ni dónde, ni cómo, ni cuándo apareció para robarme de nuevo una sonrisa y escarbar los recuerdos de una amistad pequeña pero significativa, de conversaciones filosóficas, de huir de casa, del frío amoratador, del miedo a la oscuridad, del suicidio, de mamá y hermana que no comprenden, de las ganas de regresar a Guadalajara, de la banda de rock, de sus dibujos tristes y asombrosos, de su amiga en líos de drogas, de sus inesperados planes de boda. Inesperados por su manera de ver la vida y sus consejos de chiquilla madura, “Miss, no se case.” De sus deseos de morir antes de los veintiuno. De sus celulares extraviados, de la migra, de sus mensajes de angustia, de mi desesperación por no poder ayudarla, de su amigo, de su novio, del perro que extraña, de la torta de jamón. De sus pensamientos raros, de sus conversaciones ilógicas pero tan sabias, de sus ojos rodeados por delineador negro. Si tuviera mil dólares se compraría la colección completa de películas del Chavo, quizás para reír y mitigar el dolor, y un perro tal vez para no sentir el frío de la soledad, aun estando acompañada. De su dibujo espectacular de Chaplin, de sus fotos, de sus textos, de sus desvelos por vender tacos y hot dogs hasta las tres de la mañana, de una jefa aprovechada, del dinero que no llega, de su talento para cantar, de su arte incomprendido, de sus llamadas en la noche pidiendo disculpas por despertarme, de sus deseos de morir antes de los veintiuno... Espero que no

sea demasiado tarde, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi, que me escribió, que llamó. Ojalá que donde quiera que esté, aquí, en Guadalajara, o en la Coahuila, que sea feliz y se olvide de su absurda idea de ser joven para siempre. Hace poco me encontré a un amigo suyo y le pregunté por ella, me dijo que estaba de vacaciones en su tierra, que al parecer volvía en un mes, le pedí su número y le di el mío. Ya pasó el mes y no he llamado quizás por miedo a que me conteste alguien, número equivocado, o recibir malas noticias. Llamarle o escribirle esperando que me recuerde a pesar de los años, y decirle que aún conservo con cariño su tarjeta de navidad que dice: “...que sea feliz, lo demás vale madre”.

Mi reflejo

Cuando me vi al espejo sentí que no era yo. Mi cabello estaba diferente, un peinado nuevo, más juvenil y atrevido, distinto a mi aburrida y anticuada cola de caballo. Casi sin darme cuenta comencé a comportarme como otra persona. ¿Qué fue lo que me hizo cambiar? Ni yo misma no lo sé. Quizás fue la soledad que me invadió desde que mis padres me abandonaran en otro país, dejándome a cargo de una hermana a quien no le importo. O tal vez el separarme de mis amigos de toda la vida; o, el rechazo de mis nuevos compañeros que me miran como un bicho raro. Probablemente haya sido la impotencia de no poder regresar. ¿O acaso fue todo? No lo sé. Pensé que la culpa era mía, que algo tendría que hacer para gustarle a los demás. Sí. Tal vez si dejara de ser tan recatada, tan estudiosa, tan bien portada, ya no me sentiría tan sola. Comencé por acercarme a las chavas valemadristas. No fue difícil acostumbrarme a su forma de ver la vida. Un día quise probarles que también podía ser como ellas. Me fui *skipping* por primera vez. Ese día reí tanto que lloré de la risa. Era como si me sintiera orgullosa de mi alocada aventura. Luego, *skipping* se volvió un pasatiempo que nos divertía, casi una rutina diaria. Cada vez que lo hacíamos la adrenalina de escondernos de los *securities* para no ser descubiertas hacia todo más excitante. Y cuando sí iba a clase, mi risa camuflajeaba la tristeza que llevaba dentro. A veces me perseguía la desolación, otras simplemente me vigilaba silenciosa. Al caer la noche, mis ojos permanecían abiertos como dos centinelas. Mas yo sólo quería dormir, olvidar, no sentir. Alguien me ofreció la solución perfecta: “Te vas a sentir con madre, ni te vas a acordar de los problemas.” Mi nueva amiga me ayudaba a no sentirme sola. Por momentos olvidaba mi tristeza y la disfrazaba con risas y carcajadas que pasado el efecto se volvían en llanto. Pero no me

importaba, cualquier cosa era mejor que verme sin amigos. Al menos así me aceptaban como parte de su ganga. Fue ahí que conocí al pandillero más fregón de la escuela, “El Grandpa” el líder de la ganga. No sé qué me atrajo de él porque además de su cabeza rapada, sus pantalones de encuarte hasta las rodillas, su aspecto de ex convicto, su estatura de tapón de alberca y su dentadura de abuelo, no podía encontrar el más mínimo detalle que lo hiciera irresistible, excepto por la droga que me pudiera conseguir. Pero al instante que tocó mi cintura, mi corazón se derritió. No quise siquiera escuchar a las personas que me aconsejaron alejarme de él, porque aunque no era ningún Brad Pitt, sino más parecido a un Tin-Tán o un Cantinflas, no sabía lo que sentía por él. Tal vez sólo quería sentirme distinta, probar lo prohibido era más atractivo que cualquier otra cosa. Estaba confundida, ya no sabía qué quería de la vida. Hubo momentos en los que me sentía tan sola que pensé en matarme; tal vez estar muerta sería la única manera de no sentir. Ni el alcohol, ni los churros, ni las pastillas me mitigaban el dolor. Ya no eran suficientes; necesitaba algo más fuerte que me hiciera olvidar de verdad. La primera dotación de polvo fue completamente gratis. Pero después de probarla me sentía desesperada por conseguir más. Grandpa ya no me quiso dar más nieve gratis, de alguna manera tenía que pagarle. Se cobró con mi cuerpo virgen. Varias semanas le pagué de la misma manera hasta que se hartó de mí y no me quiso dar más. Según él, ya no tenía lana. Así que tuve que tomar una decisión, o robar o prostituirme. O ambas. Ambas. Ya no me siento sola. Siempre hay alguien que requiere mis servicios, siempre tengo para respirar profundamente y olvidar. Hoy miro al espejo y veo a una mujer triste, el cabello despeinado, las ojeras pronunciadas, la sonrisa fingida. Me lavo la cara, esperando que la imagen también se limpie. El espejo ya no es el mismo.

Eighteen

El papel en blanco, la mente en blanco. Las lágrimas no dejan ver las ideas claramente. Ni el sueño, siempre interponiéndose entre el papel y yo. Me duele la cabeza con un dolor intenso que se pasa al estómago y llega hasta las piernas. Los ojos hinchados, la espalda adolorida, un frío en el alma. Quisiera gritar. Golpearla con todas mis fuerzas para que reaccione, para que se quite la telaraña de los ojos, para que utilice el cerebro. Pero ella sigue allí, aferrada, amachada, cegada por lo que cree que es el amor. Mientras que mi padre le ruega que regrese a casa, ella lo trata con desprecio, lo humilla, lo pisotea con tal insolencia que lastima y hiere hasta el alma. No hay poder humano, ni palabras que la convenzan a pesar de que él cedió a sus condiciones, a dejar que se vieran, que salieran, que se comunicaran. Ni siquiera quiere esperar a graduarse en seis meses para hacer su estupidez. Quiere vivir con él, en casa de sus padres, porque no gana lo suficiente para mantenerla. Que supuestamente va a terminar la escuela, aunque tenga que cambiarse. Se quiere arruinar la vida. Y sabe perfectamente que lo va a hacer. Hace su berrinche a pesar de su edad. La inmadurez no se cura con los dieciocho, la estupidez incrementa con el tiempo. Y es así como se comporta, como una niña malcriada, berrinchuda y tonta, vuelve a los trece, a los ocho, a los cinco. Me decepciona. Hago un último esfuerzo por hacerla entrar en razón. Pero la niña chiflada que se cree adulta, quiere cometer sus propios errores. *“I wanna make my own mistakes.”* Al menos reconoce que es un error, una estupidez.

CAPÍTULO II

INSOMNIOS Y OTRAS ANSIEDADES

Insomnio

1 de diciembre de 2005

4:52 AM

Estoy despierta desde hace casi una hora. Las preocupaciones me quitan el sueño, y aún si logro dormir, siguen persiguiéndome como una sombra. Este es uno de esos momentos en que más me aterra la idea de enloquecer. Hay veces que pienso que esa locura a la que tanto temo sea inevitable. O peor aún, que ya sea parte de mí sin haberme dado cuenta. Palabras inconexas se aferran a destruir mi paz mental condenándome a vivir sin descanso. Escribir me hace bien. No encuentro otra salida. Necesito paz. Por favor, alguien, necesito ayuda.

2 de diciembre de 2005

10:05 AM

Desperté sin ganas de hacer nada. Lo peor es que necesito hacer todo.

3 de diciembre de 2005

6:33 AM

Por los próximos diez días tendré que trabajar como una loca, como si me costara tanto trabajo serlo. Es casi el fin del semestre. Tengo mil cosas que hacer dentro de las cuales hay cinco trabajos de investigación y cuatro exámenes finales. Todo por querer graduarme antes de tiempo. Por crearme la muy chingona, porque me graduaría con honores en sólo dos años de una carrera que podía haberme tomado cinco. Nada es gratis

en la vida, algún precio tenía que pagar. La locura es un precio muy grande. Yo no lo quiero pagar, no quiero, no quiero.

...

1 de marzo de 2006

5:22 AM

Ya han pasado tres meses desde la última vez que escribí en mi diario. Mis nervios y ansiedad parecían haberme dado un descanso temporal. Apenas comenzó el semestre y ya no puedo sobrellevar tanta carga. Nuevamente, no puedo dormir. Cómo hacerlo si otra vez me persiguen mis preocupaciones y ni siquiera soy capaz de atreverme a escribirlas. Me distrae el hormigueo que siento en mi pierna derecha. Siento un vacío enorme en mi estómago pero no tan grande como el de mi mente. No sé qué me pasa, pero me gustaría saberlo. ¿Por qué cuando más tengo que hacer menos ganas tengo de hacerlo? Es como si mi mente estuviera programada al revés, como si mis cables estuvieran cambiados de lugar o desconectados totalmente de mi cerebro. Ahora, por ejemplo, debería estar haciendo la descomunal tarea de fonética a la que tanto he estado sacando vueltas porque mi computadora portátil murió la semana pasada. Es una buena excusa, pero no suficiente. En cambio, estoy aquí como una desquiciada escribiendo en la soledad de mi sala, pensando, o tratando de pensar en tonterías y dejando que mi bolígrafo me guíe.

Anoche estaba decidida a terminar de una vez por todas con la temida tarea de fonética. Mi plan era estar en vela toda la noche hasta terminar al menos con una de mis mortificaciones. Me tiembla la mano y siento una jaqueca horrible que se pasa a mi estómago. Pero mi novio se enojó tanto cuando le dije que pensaba ir a la biblioteca de la escuela a eso de las once de la noche, que prometí quedarme en casa y hacer lo que

pudiera en mi cuaderno. “¡Pinche computadora! ¡Cómo me hacía falta!” Ni siquiera la droga que me había tomado había logrado mantenerme despierta. Hice lo que pude y no fui capaz de hacer ni la quinta parte de mi tarea. La fonética, sin embargo, no era lo único que me impedía dormir, por el momento, era mi examen de mañana y el maldito cuento que me había pedido la maestra de composición. ¡Como si la angustia del examen no fuera suficiente! ... Lo que escribí después no es conveniente leerlo. Dejémoslo en que me entusiasmaba la idea de escribir, pero mi cabeza estaba tan revuelta de ideas, que mi pluma se daba gusto desahogándose.

¿Pero qué estoy pensando? Todo es mi culpa, yo soy la única responsable de lo que me pasa. Sólo yo. Nadie más. Sólo a mí se me ocurre pensar que soy “la mujer maravilla” y que puedo hacer todo lo que me proponga siempre, como por arte de magia. ¡Qué idiota! Es un problema que tengo desde siempre, pero milagrosamente he salido adelante a pesar de todas las contrariedades. Como si una fuerza mayor me impulsara y no me dejara caer. Pero esta vez esa fuerza me había abandonado. Me sentía inútil. Desesperada. ¡Loca!

Son las 6:10 de la mañana, ya me cansé de escribir. Ni siquiera para eso sirvo. Ya no puedo más, estoy enloqueciendo. ¿Verdad que no estoy loca? ¿Verdad que es sólo mi imaginación? ¿Verdad que sí? El hormigueo de mi pierna vuelve de nuevo como para recordarme que estoy viva, pero de qué me sirve estarlo si sigo así, con esta angustia interminable que no me deja conciliar el sueño. Estoy harta. Harta. No puedo continuar así. Tengo que hacer algo. Una idea me arrebató de repente. El frasco de pastillas de la noche anterior sigue ahí, sobre la mesa. Está lleno, solo le falta la pastilla que tomé anoche. Lo veo detenidamente desde el sillón de mi sala desde donde escribo. Parece

atractivo. Me levanto, sin dejar de escribir, lo tomo. Leo la etiqueta que dice “solamente para uso ocasional.” Pienso, será sólo por esta ocasión, no las necesitaré más. Ya no tendré que preocuparme más por tareas, ni exámenes. Ahora sí podré descansar. Estoy contenta, pero mis ojos no dicen lo mismo. Siempre hay una parte de mí que no me comprende, que se opone a mí. Busco agua; sólo hay refresco de cola. Qué importa, da lo mismo. ¿Serán suficientes quince tabletas? Seguro que sí. El frasco dice que no hay que tomar más de una cada ocho horas. No habrá problema. Esta vez no fallaré. Mis manos comienzan a temblar. Tengo frío. Siento que mi corazón late más rápido de lo normal. Poco a poco se me acaba el aire. Quiero gritar, pero mi voz está encerrada en mi garganta. Ahora la mitad de mi cuerpo está adormecido. Ya no siento el hormigueo de mi pierna. Pienso en mis padres, ¿por qué no pensé en ellos antes? Perdónenme no quise hacerles daño. En mis hermanitos, ¿qué clase de ejemplo les estaba dejando su hermana mayor? En mi novio, pobrecito, con lo ilusionado que estaba con nuestra boda... Perdóname, mi amor, no quise hacerlo, por favor, perdóname...

De mis ojos brota una lágrima, estoy tirada en la alfombra. Mis ojos siguen abiertos, más abiertos que nunca, como buscando una explicación lógica de lo que acabada de ocurrir. Son las 6:49, yo sigo sentada en la sala como antes. Veo mi cadáver en el suelo, me aterra, me tranquilizo, sigo escribiendo.

Insomnio II

13 de septiembre de 2007

4:47 a.m.

Ya desperté dos veces. Es raro, hace tiempo que no me pasaba. Nuevamente, estoy teniendo dificultades para conciliar el sueño. Y no es que no lo tenga, o que me haya dormido temprano. De hecho, me dormí pasadas las 12:30 a.m. haciendo mi tarea de traducción. Todavía no termino, pero debería hacerlo ya que no puedo dormir. Ni siquiera dormida dejo de pensar. Mi cabeza da vueltas y se convierte tal vez en mi peor enemiga. Me dice “¿por qué no te conformaste con tomar una clase? Eres tan ambiciosa y terca. Pero allá tú y tus pensamientos ‘sensacionalistas’”. No sé si sea el término correcto, pero me gusta. De lo que no me cabe duda es que definitivamente estoy loca de remate. Ya me acostumbré. Es cierto. Pero no tanto. Ya es tarde. Más bien dicho muy temprano y sigo con sueño. Pero más que sueño, siento cansancio. Es un cansancio pesado que me arrastra el cerebro y me vuelve zombi. Será mejor que termine la traducción antes de que se me atraviese otro pensamiento menos productivo. Antes de que mis párpados se caigan y al escuchar el sonido de la alarma sepa que ya son las seis y tenga que pelearme con la cama, las sábanas y el tiempo otra vez.

14 de septiembre de 2007

3:50 a.m.

Pensé que no iba a pasar hoy. Pero me equivoqué. Volteo a mi buró y encuentro el libro sin abrir. Sigue ahí, intacto, en su soledad, en completo abandono. No me habla, se queda mudo, pero yo sé que si pudiera ya me habría dado mi buena zangoloteada. Miro al otro lado y veo las hojas de traducción. Son tentadoras por un momento. Pero mis *almoadas*, ¿Cómo se escribe *almoadas*? Estoy casi segura de que por ahí hay que insertar alguna h muda para propósitos de ortografía. Bueno, decía, mis *almoadas* sin h

son mucho más atractivas. Desde anoche me di cuenta de mi gran error. Por una parte, es cierto que si solamente tomo una clase me voy a atrasar en mi maestría. Por otra, creo que fue una pésima decisión inscribirme casi a la fuerza a la clase de poesía. No sé, no sé porqué me metí en este lío. Parece que una voz interior no me deja en paz y que todo el tiempo me está susurrando al oído: “Síguela, ella es tu único contacto con el teatro.” Me refiero a la maestra del curso. Aunque sea cierto eso, ya me había hecho a la idea de que el no estar en su clase era lo mejor. De hecho tendría mucho más tiempo incluso para empezar a experimentar con el teatro con mis ex alumnos. Pero no podía olvidar sus palabras aquel día que le conté de mi frustración: “Tú ya te sabes todo esto. Tómatela ligera en mi clase y ponle más esfuerzo a la otra. Así terminas más rápido la maestría y vámonos por el doctorado.” ¿Ligera? Y ¿Cómo puedo tomarme la clase ligera si no conforme con hacernos leer nos pide un resumen de dos páginas de cada artículo que leamos más no sé cuántas preguntas y la lectura del siguiente día? No hay manera. Pero hoy voy a llamar de nuevo a la oficina de registros para preguntar si aún puedo dar de baja la clase sin perder tanto dinero. Vale más mi tiempo y mi salud mental. Además, si a las tareas y lecturas se le suman las presentaciones orales y el trabajo de investigación, además del posible montaje de una obra que requerirá de más días a la semana de ensayos y de memorización, estoy muerta. Qué digo muerta, divorciada antes de casarme. Otro tormento. Lo mejor es tomar una decisión y enfrentarla.

19 de septiembre de 2007

12:00 a.m.

Una y mil veces me arrepiento de haberme inscrito a esa clase. Si al menos me hubiera quedado con la otra, la que en verdad necesitaba, tal vez la presión y la ansiedad serían las mismas pero por lo menos estaría quitándome un peso de encima. Erika, eres

una completa idiota. Sabes perfectamente cómo es esa maestra y aún así te valió madre y no seguiste tus instintos, ni siquiera dejaste que el destino no te permitiera que la tomaras. No, al contrario, hiciste hasta lo imposible por quedarte en aquella estúpida, inservible, sofocante, e innecesaria clase. Ahorita, en vez de estar escribiendo estupideces, podría estar descansando a lo lindo con un sueño profundo y tranquilo. Se acabó el ruido. Sólo puedo escuchar el rasgido de mi lapicero y mi respiración escondida entre mocos y lágrimas. Más bien, entre mocos. Ya hace rato que dejé de llorar. Tengo unas ganas enormes de golpearme a mí misma con mis propias manos, quizás contra la pared. Siento como si de mi cuerpo saliera la otra yo, la sensata, la que no llora, la fuerte, la dura, la que tiene los pies en la tierra, mi Sancha Panza moderna. Es cruel, me regaña, me reprocha, me hace ver mis errores y me dice mis verdades. Lucho contra ella, pero a la vez, quisiera que acabara conmigo, y ser sólo ella, aunque muera la mitad de mí. Me dice: “¿Es así como quieres ser feliz, infeliz? No seas ingenua, aprende. En vez de lamentarte y llorar como una Magdalena, deberías de ponerte las pilas y enfrentar la situación. Aplícate, sé práctica, enséñate a lidiar con los problemas, con los obstáculos, con las piedritas, con los peñascos. Te desconozco. Eres débil, frágil, inmadura. Con esa actitud pesimista, no vas a llegar a ningún lado. Organízate, y ve la vida desde otra perspectiva, mírala de otro color, con otro espejo, renuévate y libera tu espíritu y tu alma. Levántate del suelo y sólo dedícate a subir escalones, nunca a bajarlos. Sé fuerte y lucha con el corazón y el cerebro.” Cierro los ojos. Descanso. Abro los ojos. Escribo...

Insomnio III

19 de septiembre de 2007

3:35-4:43 a.m.

Trabajé en parte de la tarea de la clase de poesía. Voy a tratar de dormir antes de que me den las seis.

20 de septiembre de 2007

11:37 p.m.

Terminé temprano mi tarea de traducción y hasta comencé con la de poesía. Estaba tan agotada que decidí que lo mejor sería dormir y recuperarme de la desvelada de anoche. Apenas si cerré los ojos y la ansiedad se hizo presente dentro de mis sueños. Sueños que parecían tranquilos al principio pero que de repente tomaban un curso macabro. No son simples pesadillas, sino pequeñas películas o escenas de horror cuya protagonista soy yo. A veces puedo verme y a veces no. Lo que recuerdo de uno de ellos y de sólo recordar me da miedo es que no veo nada escalofriante ni horrendo, no lo veo pero lo siento. Es una presencia pesada que está sobre mí y aunque mis ojos son incapaces de mirarlo o mirarla mi cuerpo y mis manos pueden sentir la presión que produce. Es casi real. Hasta creo que puedo sentirlo. En mi sueño trato de proteger a mi hermanita que duerme a mi lado y le tomo la mano como cuando dormíamos juntas y teníamos miedo. Era como si nos uniéramos para luchar contra cualquier fuerza que nos quisiera hacer daño. Era como si quisiéramos sentirnos protegidas y a la vez protegernos mutuamente. Se esfuma. No sé si sigo soñando o ya he despertado. Escucho la voz de una mujer, algo inteligible, tal vez un lamento. Lo ignoro. Sigo soñando. Esta vez no me puedo ver, pero camino dentro de mi cuerpo sabiendo que soy yo. Voy por un

pasillo, es quizás la universidad, aunque no la reconozco, pero lo sé porque me parece ver a la decano con su cabello gris púrpura pero con un corte distinto que la hace ver más vieja. Va con alguien más, creo que es la doctora Ardalani, aunque no le veo el rostro, sólo el pelo y escasamente escucho su inconfundible voz poética. La decano se acerca a mí y me llama por mi nombre. Me sorprende porque aunque tal vez me ha visto no creo que lo sepa. Abre su maletín y me da dos libros oscuros. Son los que ordené en la librería, no, ahí es donde compras libros, más bien en la biblioteca de la universidad y que no he podido recoger. Me siento importante. Se toma, además, el tiempo para decirme que ella estaba de acuerdo en que me quitara la clase de bibliografía y me habla algo incomprensible de la poesía. Sigo mi camino por un pasillo blanco pero a la vez oscuro. Es entonces que siento el crujir de mis dientes a punto de romperse. Toda mi dentadura a punto de hacerse añicos. Me duele la boca un poco y escucho más crujidos y siento que mi mandíbula va a explotar. Pienso que es hora de ir al dentista. Suena el teléfono. Me despierto antes de quedarme chimuela.

22 de septiembre de 2007

Odio despertar en medio de la noche, trato de evitarlo por todos los medios pero sencillamente, no puedo. La verdad es que tengo ganas de dormir unas ocho mil horas seguidas. A veces quiero dormir y no despertar. Es mejor no darme cuenta del día que me muera. Creo que sería más fácil y menos doloroso. Odio pensar en la muerte, con sus dientes amarillos, sonriéndome, burlándose, y esperándome silenciosa. Odio pensar. Especialmente cuando lo que quiero es dormir, descansar, liberar el alma de mi cuerpo

como escapando de una cárcel eterna, pero mi condena es larga, larga y lenta. Malditos sueños, sólo sirven para recordarme mis decisiones estúpidas e irremediables. Cómo no existe una máquina del tiempo que nos permita ver el futuro si tomamos una decisión y nos permita retrocederlo una vez que nos damos cuenta del error. Pasará mucho tiempo antes de que inventen una. Por mientras existen las brujas, los videntes y las bolas mágicas...

Insomnio IV

Tanto tiempo sin escribir... Ya ni me acuerdo cómo empezar. Es difícil. Mi estómago hace ruidos, mis ojos a medio abrir, mi respiración lenta y cansada como si aún estuviera dormida. Inhala..., exhala..., exhala..., inhala... Realmente estoy cansada. Dos lágrimas se deslizan sobre mis mejillas. Son las 3:48 a.m. Respiro profundamente para tratar de calmarme, pero no sirve. Veo el cuadro de la virgen de Guadalupe cómo pidiéndole ayuda. Me duele la espalda. El cuello me pide un masaje urgente. Bostezo. Sé que es mejor escribir que pensar, así que no pienso y escribo. Mis manos me guían... Suspiro y me calmo pero nada cambia, las preocupaciones siguen ahí, a mi lado, gritándome, obligándome a renunciar. Yo, que nunca renuncié a nada, al menos que no estuviera en mis manos. Yo, la valiente, me siento más cobarde que nunca. COBARDE. Cobarde y estúpida, ya no más valiente y sagaz, sino intimidada y llena de coraje e impotencia. No me alcanzan las horas del día. Son pocas. ¿Quién dijo que debemos dormir ocho horas? Tal vez tenga razón, pero de todos modos, a veces me da la sensación de que pierdo el tiempo, pero no siempre. Me gusta dormir, pero dormir profundamente y descansar de todo y de todos. Aunque también disfruto soñar y verme en mis sueños, correr y cansarme en ellos, idear escapes, sobrepasar obstáculos, librar peligros, vivir aventuras y hasta sentir. Será mejor regresar a mi cama y por unas horas olvidar, dormir y olvidar, bloquear los malos pensamientos, vivir en un mundo de paz y tranquilidad, sin tanto ajetreo y sin tanto pensar, cerrar los ojos y en la oscuridad, sentir que soy libre... y despertar con otra cara... Respiro profundo... uno, dos, tres, a dormir...

Lo que no hice

No fui a Cancún, ni tampoco a Coco Bongo, ni me tomé la foto con *Spiderman* o la Máscara o por lo menos con *Beetle Geuce*. Tampoco fui a Xcaret, ni compré la foto en el río subterráneo, ni nadé con delfines, ni fui a conocer el mariposario. No fui ni a la isla del padre. Ni a Corpus. Ni siquiera me fui de vacaciones a Mier.

No visité a mis amigas, ni tampoco les llamé por teléfono por no tener llamadas de larga distancia. No estuve ahí para acompañar a mi amiga al funeral de su madre, como tampoco fui al entierro de una de mis compañeras de la adolescencia.

No terminé mi tesis. No escribí poemas. No planeé mis clases, ni preparé mis lecciones. No acabé la traducción de Bob y su Mustang 66. No terminé de leer *The First Days of School*, ni *Maldito amor*, ni *Don Quijote*. No organicé mi aula de clases, ni el cuarto de estudio, ni limpié mi casa, ni le ayudé a mi madre a limpiar la suya.

No refinancié mi casa, ni arreglé mi crédito. No organicé mis finanzas, ni ahorré.

No fui al médico, ni al dentista, ni al ginecólogo. Ni tampoco hice ejercicio todos los días. No aprendí a nadar.

No canté karaoke. No tomé clases de flamenco. No fui al cine. No tomé fotografías, ni imprimí las que ya había tomado. No hice un *power point* con mis fotos, ni las puse en un álbum. No fui a la conferencia “Mujeres difíciles, hombres complicados.” No fui a conciertos de mariachi ni de folklórico. No asistí a obras de teatro. Tampoco actué.

No trabajé. Es el primer verano en el que no me inscribo a la universidad. Y con todo, otra vez no fui a España. No organicé mi vida, ni la disfruté. Pero el próximo será diferente, tanto como este. Aunque mi lista es larga, y el tiempo es corto, voy a hacer

espacio para hacer todo lo que no hice. Tal vez debería comenzar desde ahora, antes de que sea demasiado tarde, dejar de esperar al siguiente verano, al año nuevo, las próximas vacaciones, primer día de clases, el comienzo de mes, al lunes, mañana. La palabra es hoy. Hoy...

¿Qué me preocupa?

Es difícil saber qué es lo que más me preocupa. Algunas preocupaciones son pasajeras, otras eternas. Algunas tienen fecha y nombre, otras sólo son coincidencias inesperadas. Unas te quitan el sueño, otras te dan hambre, otras te provocan cansancio de cuerpo y de mente, sobre todo de mente. Algunas tienen solución, otras son irremediablemente imposibles. Habría que comenzar con las que sí tienen remedio. Pero, ¿por cuál? El no saber por dónde empezar es también una preocupación. Hasta dormir me mortifica. Siento que pierdo el tiempo inconcientemente. A veces pienso que si no durmiera tanto, (las ocho horas que debo y que por ley me corresponden) algún día tendría más tiempo para dormir y menos para “insomniar.” No sé si exista ese verbo, pero lo que sí sé es que no hay otra palabra que lo describa mejor. Es necesario “*prioritize*,” lo cual se puede traducir como “establecer prioridades” u “ordenar en orden de prioridad” pero que yo diría en una palabra “prioritizar” que es lo mismo pero más corto. Corto y que como verbo en infinitivo se queda suspendido en el aire y no se conjuga, sino que se queda estático, inmóvil, paralítico. “Prioritizar” y dejar de “procrastinar,” o sea dejar todo pára el último. Y no al azar, ni en orden alfabético, o en orden de dificultad, sino crear una lista cuyo propósito principal sea borrar el estrés, crear un ambiente armonioso y libre de preocupaciones, quitarle un poco de drama a la vida. Pero una lista que se cumpla, que se respete, con fechas límites, con metas firmes, concretas, lógicas y realistas, y como complemento esencial una actitud positiva, optimista, entusiasta, y sobre todo fuerte. Sí. Quizás, esa sea la solución, la cual es casi imposible lograr de la noche a la mañana, pero que puede sin lugar a duda comenzar con el día de hoy, un día a la vez.

No

No. Él no me ha olvidado. Lo sé porque lo siento. Nueve años de distancia no son pretexto para olvidar. Sé que encontraste algo en ella que te recuerda a mí y por eso la escogiste.

Cuento los días para ser libre

Cuento los días para ser libre... Nueve, ocho. Libre y ansiosa por comenzar otra vez. Borrón y cuenta nueva. Levantarme cada día con una sonrisa, una actitud positiva, un cuerpo descansado, una mente lista para todo, un corazón del tamaño del sol. Hoy desperté en medio de la madrugada, 3:30 para ser exactos, creyendo que era sábado y, después de un análisis minucioso de los recuerdos, concluir que era martes. Increíble. Sé que estas últimas semanas el tiempo no correrá, como es costumbre, me temo que arrastrará los pies, cansado de andar siempre a prisa, agotado de la rutina diaria y harto de vivir siempre a las carreras, sin oficio ni beneficio. Sin más trabajo que desvelar, atarantar y manipular a la gente con sus militares manecillas. Me gustaría que supiera distinguir entre cuándo es un buen momento para aflojar el paso y cuándo es necesario apretarlo. Siempre es lo mismo. Pareciera que funcionara al revés. Cuando necesito tiempo para descansar, o para completar alguna tarea, corre atrabancado como un caballo sin riendas, o mejor dicho, como un burro sin mecate. Ah, pero eso sí, cuando necesito que avance rápido, que pase más rápido que inmediatamente, los minutos se vuelven eternos, y las horas finitas, los días caminan, tropiezan, cojean con la velocidad de una tortuga. De seguro que ahora mismo está planeando cómo hacerme la vida de cuadritos, o triangulitos, o circulitos, lo que sea. Por mientras será mejor que vuelva a la cama, porque sé que en un abrir y cerrar de ojos, serán las seis de la mañana, cuando las horas impacientes se tornen en segundos.

Escribir cuesta trabajo

Escribir cuesta trabajo, despierto en la madrugada sin saber por qué. Mi cabeza da vueltas, recuerda, se imagina, inventa, a veces explota, a veces llora, a veces duele, punza, finge que duerme, los ojos cerrados, las pestañas tristes, la boca entreabierta, la nariz congestionada, el cuello anudado. Siempre creando, hasta en sueños despierta.

Quisiera ser una computadora

Quisiera ser como una computadora. Apagarme y olvidarme del mundo, dormir profundamente sin pensar en nada, descansar al cerrar los ojos, *shut down*. Almacenar alegrías, *save*, y borrar todas mis angustias, mis preocupaciones, mis culpas, mis miedos, mis frustraciones, *delete, delete, delete*, borrarlos para siempre de mi memoria *RAM* y de mi disco duro. Y con sólo una tecla, huir de los problemas, *escape*.

CAPÍTULO III

MUJER Y MUERTE

Testigo mudo

Aquella noche fue la más oscura y fría. Solamente la imagen de los árboles, que tenebrosamente se reflejaba afuera de la casa antigua, mostraba movimiento. Al entrar, manchas de sangre hacían dibujos de terror en la vieja alfombra de la sala. La húmeda huella todavía seguía fresca, y si no fuera por lo escabroso que parecía, pudiera jurar que sólo era pintura roja pincelada sobre un lienzo artístico.

Pero no. El resto de la casa atestiguaba lo contrario. Una figura de la Venus de Nilo dejaba ver en su cuerpo desesperación ante lo que había sucedido; estaba tirada en el suelo, manca e impotente. En el centro se encontraba una mesita con un florero colmado de girasoles que miraban al suelo con melancolía. En la pared, un cuadro de Frida Kahlo dejaba de entrevisto la inconformidad de la pintora ante su terrible accidente, y en sus cejas se notaba enfado y tristeza a la vez. Un sofá reclinable de terciopelo verde parecía ser el detalle más alegre de la escena trágica. Junto a él, el antiguo teléfono de madera timbraba incesantemente una y otra vez sin respuesta alguna. En el suelo, yacía una fotografía de bodas cubierta de vidrios. Ni siquiera era posible ver el rostro de la novia del rojo intenso que la cubría.

En la cocina blanca parecía no haber ocurrido nada. Estaba intacta. Dentro de ella solamente se podía escuchar el fastidioso ruido del tictac del reloj que colgaba en el

centro de la pared. El mantel que cubría la mesa para seis adornaba la austeridad de la casa y le daba un poco de color a la insípida cocina.

¿Por qué nadie contesta el teléfono? En el reloj son las tres. Siempre las tres. Todavía se escuchan los gritos. Las sombras se confrontan, los vidrios se quiebran, la sangre corre, camina, se estanca. Los cadáveres se pudren, las ánimas se alzan, mientras el ruido murmura y el silencio calla.

Asesinato múltiple

¡Gracias a Dios es viernes! Bueno, ni tanto. La casa es un desastre. Ropa por doquier, platos sucios en el zinc, por aquí, por allá, una bicicleta-escaladora a medio armar, tornillos, partes, cartón en el suelo. Sombras rosadas, moradas y azules colorean el piso del baño principal, libros sobre la cama, cadáveres en tres distintos puntos de la casa. Un hedor a podredumbre invada la casa. ¡Qué horror! He podido soportar el desorden por las últimas dos semanas, la ropa sucia equivale a talvez un mes o más, creo que más, dos bolsas gigantes están a punto de reventar, ya no tengo calzones. Creo que me tomará tres días, si bien me va. Lo de los cuerpos sin vida, lleva algunos cinco días, desde el domingo, cuando llegué como a eso de las diez de la noche, y los sorprendí en mi casa. Casi me muero del susto cuando encontré al primero y quizás el más peligroso. El pánico me recorrió el cuerpo. Yo no quería hacerlo, al menos no de esa manera. Pero no había tiempo qué perder. Lo vi muy decidido y aunque mis manos temblaban y me rodaban lágrimas calientes y saladas, me armé de valor y lo maté. Lo maté y lo rematé con toda mi furia y crueldad. Lo partí en dos. Su cabeza quedó irreconocible, aplastada irremediamente. Apenas si me empezaba a calmar cuando me percaté de la presencia de la otra, seguramente estuvo ahí todo el tiempo, observándome. Por un momento la creí muerta, pero todo fue un engaño de la mente. Mis manos seguían temblando, aún portaban el arma asesina. Respiré hondo y antes de que huyera la maté, quizás con más fuerza y coraje que el anterior. Sus restos quedaron embarrados en el piso color arena. Sentí un alivio al ver su cuerpo destrozado, inerte. Caminé unos pasos y apenas si podía creer mi mala suerte. Allí, casi a la entrada, se encontraba ella, moviéndose escalabrosamente, como convulsionando o dando a luz. Se retorció y casi podría jurar

que estaba indefensa, aunque a veces pareciera estar en posición de ataque y en cualquier momento tomara venganza por la muerte de su amante. Esta vez fui más calculadora. Me arriesgué a que se escondiera de mí, a que volteara el juego, pero ya me había hartado de matar de la misma manera y de pensar que tendría que limpiar la sangre y los residuos corporales después. No. Recordé que cuando era niña mi madre usaba un método más limpio y efectivo. Fui a hervir el agua. La vacié sobre ella y comenzó a retorcerse hasta quedar inmóvil. Listo.

Disfraz

Zapatos de tacón alto, minifalda embarrada al cuerpo, medias agujeradas, ropa interior diminuta, aretes chafas, greñas pintorrejeadas y chingos de maquillaje. Ese fue mi primer disfraz. Pinta completa de puta barata.

Cuando estaba en el convento con las monjitas, me dijeron que el cuerpo era algo bien sagrado y que ser “virgen” era rete importante para una mujer. A los trece años, no conocía otro hombre más que al padre Román, y eso porque era quien daba la misa todos los domingos en la Casa de la Inmaculada Concepción. Yo tenía mucho miedo a que un hombre tocara mi cuerpo, que era lo único valioso que tenía. Así me habían educado. ¿Quién se hubiera imaginado que aquella flacucha y sin chiste, aquella niña tímida se iba a convertir en una putona? La Chiquis me convenció de que nos pelaramos del convento. Ella ya tenía catorce y me dijo que estábamos grandulonas y que otras niñas necesitaban más de las camitas que nosotras. Total, a nosotras nadie nos iba a adoptar, a las señoras sólo les interesaban las bebas y las huerquillas mocosas. No teníamos a dónde ir; éramos un par de pendejitas buscando un lugar para pasar la noche. Para nuestra mala suerte, de todas las personas del mundo que se hubieran podido apiadar de nosotras, nos topamos con el Chacal. Aunque al principio nos dio miedo su cara de payaso quemado, su voz y su sonrisa engatusante nos convenció de que era una buena persona y nos daría trabajo y un techo dónde dormir. Y nos fuimos con él. Y nos arruinó la vida para siempre. Esa misma noche abusó de nosotras. Nos engañó. Nos llevó a un cuartucho donde nos violó una y otra vez, primero a ella y luego a mí. Yo no sabía qué hacer y en vez de tratar de defenderla para que no le hiciera daño, me quedé parada como una inútil viendo cómo mi amiga gritaba y suplicaba. Me quedé inmóvil mientras que observaba

con dolor el sufrimiento de mi amiga y lo que me esperaba a mí. Cuando llegó mi turno, cerré los ojos e hice como si nada estuviera pasando. Entre más duro me penetraba, más fuerte cerraba yo los ojos aguantándome el dolor y el asco. En esos momentos me transportaba a otro mundo desconocido pero bello y no permitía que aquel hombre repugnante me hiriera más de lo que ya me había herido. Mi miedo a los hombres se convirtió en aberración. La pobre Chiquis, apenas pudo levantarse del suelo después de la golpiza que le acomodó el desgraciado aquél, me pidió perdón por haberme sacado de la casa hogar. Lloramos juntas, mas esa fue la última vez. Chiquis no era tan fuerte como yo, aunque sí más valiente y no se iba a quedar con los brazos cruzados. Al día siguiente, cuando el Chacal volvió a violarla, la Chiquis trató de romperle la cabeza, pero su fuerza de hombre pudo más y fue él quien la mató a martillazos. ¡Pobrecita! Su cara estaba irreconocible y uno de sus ojitos le quedó colgando en el cachete. Ella había sido mi única amiga. Desde su muerte, ya no lloré, se me acabaron las lágrimas y las esperanzas de salir de aquel infierno.

Poco a poco me fui convirtiendo en un objeto, un títere para el Chacal, una muñeca de carne para los clientes. Me obligaron a venderme, a ofrecer mi cuerpo a cambio de unos billetes que el Chacal cobraba por mí. Por las mañanas era mesera y por las noches prostituta. Dormir era algo para lo que no había tiempo y comer era algo que hacía por necesidad, porque la comida era mi único consuelo. Cuando empecé a engordar, el Chacal me forzó a dejar de comer. Pero mi panza seguía creciendo y yo no entendía por qué. Hasta que un día me mandó con un doctor que me desgarró por dentro con unas pinzas y me sacó un pedacito de carne de entre mis piernas. Estuve desangrándome por algunos días y al momento que dejé de hacerlo, me puso a jalar de

nuevo. Las relaciones eran ahora más dolorosas pero yo me aguantaba y seguía cerrando los ojos como la primera vez que me lastimaron. No sé qué es lo que dolía más, si el ardor que sentía cada vez que me penetraban, o el saber que aquél pedacito de carne que me habían sacado era mi hijo. Y por segunda vez, volví a odiar al Chacal.

Después de un tiempo me volví su puta mayor. Me había ganado la confianza del muy pendejo y desde hacía un chorro que planeaba vengarme. Ese era un día especial. Era un día de celebración y yo estaba dispuesta a celebrar. Le dije que habría que festejar que hacía siete años me había llevado a vivir con él. Una sorpresa bien chingona le esperaba. Ya tenía todo preparado: las bebidas, los somníferos, y el cuchillo que compré especialmente para esa ocasión. Lo había escondido en mi recámara con mucho cuidado en un lugar que sólo yo podía encontrarlo. Ya estaba todo listo cuando fui a buscar el arma. No podía ser. Ya no estaba. El maldito me había descubierto y estaba segura de que sería él quien me iba a matar. Mi plan se había arruinado y con él yo. Me llevaba la chingada. No había más que pelarme como una cobarde y olvidarme del maldito plan. No. Eso nunca, pensé. Aunque fuera lo último que hiciera, tenía que vengarme, ya no tanto por mí, sino por mi amiga la Chiquis, por mi bebé muerto y por todas las chavitas que habían sido engañadas como yo. Aunque fuera con mis propias manos, lo iba a matar. Me fui echa la mocha a su recámara y toda encabronada tumbé la pinche puerta con una fuerza que no sé de donde salió. Y encontré lo que tanto estaba buscando. Mi cuchillo estaba allí y él lo tenía. Estaba tirado en el suelo con el cuchillo encajado. La sangre brotaba a borbotones de su bragueta. Se me habían adelantado. Maldita sea. ¿Por qué tuve que esperar tanto tiempo? No era justo. Yo quería disfrutar de su muerte en mis manos, yo quería hacerlo sufrir como a un perro y hacerle rogar que no lo matara. Un

momento, pero todavía podía hacerlo. No hay pedo, sigue vivo el desgraciado, me percaté. Desencajé el cuchillo. Me miró con ojos suplicantes, como pidiendo que lo ayudara. Me valió pura madre. Sería rápido. No. Mejor lento. Tantos años de espera no podían terminar en un segundo. Empecé por sacarle las uñas repugnantes con unas pinzas que encontré ahí mismo, para después cortar uno a uno sus dedos. Luego me di gusto arrancándole los párpados por todas las noches de desvelo que me hizo pasar. Pero aún seguía vivo y a mí eso me daba más ánimos de continuar. Como toque final corté de raíz su pene y lo partí en cachitos. Parecía invencible y tuvo que morir ahogado cuando metí los restos de su pequeño pene a su boca y no pudo con la asquerosidad. Sólo hasta entonces fui feliz. Me largué de ahí para siempre. Nadie me denunció y supe después que las carnalas se pelaron de ahí también. Me dio gusto.

Ahora vivo en un convento, como antes. Las madrecitas me dieron asilo. Me creyeron loca y se apiadaron de mí. Pero yo no estoy loca. Ya no. Ahora me llaman la hermana Justina y me gusta. No creo en Dios pero estoy aquí y estoy tranquila. No me arrepiento de lo que hice. Me hubiera arrepentido si no lo hubiera hecho. Maldito cerdo, se lo merecía. Por las noches, me les escapo a las monjas. Visito los burdeles, busco a los padrotes, los seduzco, y vuelvo a repetir el ritual, lo disfruto nuevamente y regreso por la madrugada, justo a tiempo de la hora de despertar, cuchillo bajo el hábito.

Líneas compartidas, líneas divididas

“8:13 p.m. -?

9:42 p.m. —¿Cuál es tu relación con mi esposo Juan?

(La histérica, al no recibir respuesta de quien sospecha le quiere robar el marido, lo cuestiona, él le responde tranquilamente que son sólo compañeros de trabajo.)

9:48 p.m. —Sí cómo no, su compañera de trabajo, estás toda llena de culpa, por eso no contestas mis mensajes.”

Odio los mensajes de texto. ¿Por qué? Muy sencillo, número uno: yo no tengo mensajes gratis y número dos: sólo me traen problemas. Al leer estos mensajes estúpidos, me pregunté tantas veces por qué es que tantas mujeres, e incluso hombres, si lo sabré yo, invaden la privacidad de sus parejas al grado de revisar uno por uno los números de teléfono a los que llamaron. Apenas si mi novio y yo empezamos a compartir líneas hace como dos meses y ya me estaba exigiendo el estado de cuenta, quezque para comparar las cantidades y saber si nos convenía esta compañía o no.

—Si nos conviene o no, ya no podemos hecharnos para atrás. Tenemos que quedarnos por ellos por dos años, ¿o qué? ¿Prefieres pagar los cuatrocientos dólares de la multa de desconexión? —le dije, consciente de que su propósito verdadero era asegurarse por sí mismo, con pruebas en la mano, de que su novia le era fiel. Pruebas que precisamente tendrían que ser proporcionadas de manos de su propia novia, casi comprometida, casi esposa.

Lo irónico, y más bien patético, es que no sólo a mi novio, casi comprometido, casi esposo, le gustara averiguar, examinar, revisar, los números, horas, fechas y cuanto apareciera en la factura telefónica. Mi colega, compañero de equipo y vecino tenía el

mismo problema. Pobre infeliz. Parece que hoy en día es pecado llamar a algún compañero de trabajo fuera del horario de oficina. Para mí, era de lo más normal hacer una llamada si se necesitaba ayuda o había alguna pregunta. Nada del otro mundo. Pero al parecer, pertenezco al uno por ciento de mujeres que creen en la privacidad. Al noventa y nueve por ciento restante pertenecía la autora de los mensajes infantiles.

No cabía en mi cabeza cómo una mujer de 26 años de edad, casada, profesionista, y supongo que bonita, ya que no he tenido el disgusto de conocerla, fuera tan insegura de sí misma. Cuando le llamé para aclarar las cosas, me daban ganas de decirle: ¿Es que no confías en tu marido? ¿Tan poca cosa te sientes como para creer que tu marido te engaña con otra?

Dos parejas estaban a punto de desmoronarse por unos papeles con números y letras. Una de cuatro meses de casados, la otra de dos años, cuatro meses, cinco días y una hora de noviazgo. La importante para mí, ésta última.

Después de haber discutido con quien decía quererme como loco por pedirme los estados de cuenta y encima deletrear cada uno de los números y horas, sintiéndome humillada y ofendida quise terminar con él definitivamente. Pero no. Lo amaba tanto que no me atrevía, aunque por momentos tomaba valor.

—Con alguien que desconfía de mí, yo no me puedo casar.

— ¿Y quién está desconfiando? Yo solamente quiero ver que todo esté en orden.

Después de repasar las llamadas de los primeros tres días, por fin encontró alguna que lo puso a dudar.

—Nueve de septiembre, 4:13 a.m., llamada entrante. Duración: 8 minutos. ¿Con quién hablaste a esas horas? ¿Con quién? ¿Te está pretendiendo alguien? ¿Quién te habla a altas horas de la madrugada? ¿Quién?

— ¿Quién es el único que se le ocurre hablar a esas horas? ¿Ya revisaste tu estado de cuenta para comprobar que fuiste tú quien me llamaste?

—No, no está, el nueve de septiembre tengo llamadas a las 8:13 a.m., 10:34 a.m., 2:25 p.m., 4:16 p.m. y 8:32 p.m., nada más. Ninguna a las cuatro de la madrugada.

—Entonces, quiero que cheques el recibo de tu Nextel, ¿te acuerdas que todavía tenías los dos celulares y si se acaba la pila de uno, usabas el otro?

—Pues sí recuerdo que una vez llamé como a las cuatro de la mañana pero no me acuerdo de cuál celular fue.

Por la tarde me había quedado después de clase con mi colega porque como trabajábamos en equipo teníamos que planear las lecciones juntos y ya nuestra supervisora nos lo había ordenado. Como ya sabía que mi novio se podría molestar, opté por no llamarle hasta llegar a casa. Una vez que lo hice, surgió el problema de la factura de teléfono. Pero no fue sino hasta que recibí los mensajes de la celosa mujer de mi compañero que la situación empeoró, ya que después de decirle que me quedé a trabajar con él, le dije lo de los mensajes de texto.

Nunca pensé que todo este malentendido fuera a acabar con mi relación. Fue él quien terminó conmigo alegando que al no avisarle que no iba a trabajar sola, le había faltado el respeto y que estaba muy decepcionado. Más decepcionada estaba yo aún, ya que ayer, precisamente ayer, había cerrado el trato de “nuestra” casa y como estaba sólo a mi nombre, el pago de \$928.10 dólares mensuales sería solamente mío. La deuda de

treinta años se había quedado conmigo junto con el coraje, la soledad y más de dos años de recuerdos que no se podrán borrar. Aparte se quedó con mi celular. Si lo ven, le dicen que lo devuelva y que ya que tiene la factura que la pague de una vez.

Emptiness

Escalofríos y un hueco inmenso llenan mi estómago. Mi corazón se siente casi igual, con un nudo en la garganta, asfixiante, y completamente mutilado y vacío. Lleno de nada. Infestado de amargura y reproches, lágrimas y rencores, sufrimiento y desamor. Los insultos fueron sólo el comienzo. Con cada palabra, me destrozaba y me hacía sentir un cero a la izquierda, culpable de todo y de nada, con ellas me apuñalaba sin cesar, cegado por la locura momentánea. Golpeaba la cama violentamente con su mano abierta, preparada para castigarme por mi falta de madurez. Perdí la cuenta de las veces que me insultó, pero sus palabras frías e hirientes se quedaron grabadas por siempre como una cicatriz en mi conciencia y aún cuando pretenda haberlas olvidado y aún cuando crea que en verdad lo he hecho, volverán como sombras fantasmales a rodearme.

Y como siempre lo perdoné. Así de fácil. Como se perdonan las estupideces y las mentiras piadosas. Y como siempre me hizo sentir que era él el que me había hecho el favor de perdonarme. “Me das lástima,” fueron sus palabras exactas. Y tal vez fue su lástima o mi cobardía o quién sabe qué, pero seguimos juntos. Juntos como dos perfectos extraños. Durmiendo en la misma cama sin tocarnos. Compartiendo el mismo techo sin dirigirnos la palabra más que para lo estrictamente necesario. Comiendo a distintas horas. Sentados en sillones separados. Viajando en el mismo coche sin juntar nuestras manos. Evitando vernos como si no existiéramos, como si no importara, como si no le importara... Sin besarnos como se besan los amantes enamorados... Sin besarnos... La oscuridad inunda la recámara; él ya apagó la lámpara para dormir. Sé que aún no se duerme. Seguro que el ruido de mis tecleos no se lo permite, lo sé porque no deja de moverse... Ya no se mueve. El perro ladra. Suspiro, uno, dos, pero aún siento la

opresión en mi pecho. Me pesan los ojos, me arden del llanto y del rimel. Trataré de dormir. Mi cuerpo desnudo, mis ojos cansados, mi corazón humillado. Dormir, sabiendo que aunque estemos juntos, ya no somos los mismos...

Enferma de odio

El odio es contagioso. Yo no sabía odiar, pero aprendí. Te encargaste de enseñarme muy bien ese asqueroso sentimiento. Estoy infectada gracias a ti; no sabes cuánto te odio. Y no sólo a ti, también me odio a mí misma por permitirme dejarte entrar a mi vida y arruinarla con tu presencia. A lo mejor es mi culpa como siempre me lo haces sentir. De tanto que lo repites ya lo estoy empezando a creer. Tal vez sea cierto y sí es mi culpa todo lo que me pasa. Las decisiones estúpidas cuestan caro. Y fue decisión equivocada, tras decisión idiota, tras decisión cobarde. Nunca he sido buena tomando decisiones. Y aunque es difícil aceptar que me equivoqué, que nos equivocamos, algún día, tarde o temprano, tendremos que hacerlo. Ambos. Estoy completamente convencida de que no es sano seguir contigo. Se supone que tú debes de estar ahí para apoyarme, para darme tranquilidad y amor, y haces exactamente todo lo contrario. Algún día, también me contagiarás tu demencia y si no, al menos me harás la mujer más miserable sobre la tierra, como es tu costumbre. No sé de dónde sacas tanta maldad. Eres un ser oscuro, te gusta hacerme sufrir y lo que es más lo disfrutas con tal cinismo y perversidad que me asusta. Los ojos me arden, la cabeza me explota, no puedo respirar. Todavía, el odio no alcanza a llegar a mi estómago, ni tampoco la ira, ni las ganas de vomitar. Eres un cáncer, claro está que maligno y si no actúo de inmediato mi cuerpo y mi alma pronto estarán infestados. Ya empiezo a sentir el asco. Pero no voy a permitir que tus gritos me hastíen. Necesito consultar a un médico que me ayude a extirpar el cáncer que llevo dentro y que no me permite ser feliz. No sé si un día lo logre, pero si no lo intento no lo sabré nunca. Ya basta de máscaras y de antifaces. Ya basta de

limitaciones y de angustias. De lágrimas inútiles, de corajes enfermos, de miedos infantiles. Basta de cobardías sumisas. Basta.

El peor cumpleaños

Por la mañana le canté “*Happy Birthday*,” lo abracé, lo consentí, lo llené de besos, le di su primer regalo y le dibujé una sonrisa. No quiso que le planchara el pantalón; le planché la camisa pero no le gustó, se quejó de que no debía haberla planchado al revés, como es mi costumbre. Le hice el desayuno, pero ya era tarde y ni siquiera lo vio. Tomé un tenedor y me comí los huevos revueltos con la velocidad de un jet. Lo llevé a su trabajo y de regreso comencé a lavar la montaña de vasijas que se habían acumulado; mis manos comenzaron a adquirir un aspecto de viejas arrugadas y escarapeladas. La cocina fue la habitación más agobiante de todas, después le siguieron la recámara, la sala, el comedor. Las horas volaron y el tiempo se venía encima a pasos agigantados. Ya eran las tres de la tarde y apenas si salía de casa para hacer las compras pendientes cuando la lluvia llegó de sorpresa. Pasé por mi hermanita para que me acompañara; pasamos a la agencia a dejarle a mi esposo sus pastillas para la gastritis. Justo al salir de ahí, la lluvia se convirtió en tormenta por unos minutos y tuvimos que forzosamente desviarnos y detenernos a comer para que la lluvia pasara, 4:30. Ya era tardísimo. Al llegar al centro no podía encontrar estacionamiento, vueltas, vueltas, vueltas, hasta que al fin hubo uno. Paralelo. ¡Oh, no! Pero después de algunos minutos ya estuvo. A los treinta minutos timbró el celular y la voz del otro lado del auricular dijo “Ya salí, ¿puedes venir por mí?” “¿Qué no salías a las ocho? ... OK.” Los planes se vinieron abajo; el velocímetro iba demasiado rápido y las horas se empequeñecían con cada palabra. Ya no había más tiempo. Una cena romántica en un buen restaurante o una salida al cine a ver la película que tanto ansiaba ver no le fueron atractivas. Seis palabras fueron suficientes para describir el sentimiento que le produjo el llegar a casa y no encontrar una fiesta.

“El peor cumpleaños de mi vida.” El primero junto a mí. No le basté yo. El quería una fiesta, celebrar con familiares y amigos, asar carne, escuchar música, recibir regalos, felicitaciones, qué sé yo. El primero en sábado y yo lo había arruinado más todo de lo que se me culpa. Ni siquiera volteó a ver su regalo, ni la tarjeta que le escribí, ni el globo que le compré. Nada. Ni siquiera abrió sus chocolates favoritos, los dejó abandonados, huérfanos. Me dijo que devolviera el regalo, que no lo quería. Los regalos personalizados no se pueden regresar, ¿o sí?, no sé, habrá que ver el recibo. Le había comprado un pastel ya hecho, harina para hornear, betún, adornos, velas, todo para mostrarle cuánto me importaba. Él mismo lo había dicho: “El sábado no. Voy a llegar cansado del trabajo, quizás el domingo. Ahora domingo dice “Lo que sea que hagas ya no cuenta y ni me hagas el pastel que ni lo voy a probar.” Opté por no discutir, ni gritar, pero harta de sus ofensas, de sus humillaciones, le dije: “Cuando se te pase el berrinche, abres tu regalo. Si no lo quieres, busco a otro para regalárselo, si no te comes los chocolates, me los como yo, y cuando dejes tu inmadurez a un lado, hablamos.” Más tarde, busqué la manera de contentarlo, de pedir disculpas por lo que fuera que lo había hecho sentir mal. Pero su orgullo es inquebrantable, duro como una roca. No entiende razones, no escucha, tira cosas, azota puertas, golpea planchas, patina llantas. Se va con su furia y su rencor, su arrogancia, su cumpleaños frustrado, su inmadurez más notable que nunca, ilógica a sus veintiocho años.

La mujer que se tragó un anillo

Eliza había firmado el contrato prenupcial. Se había comprometido a una serie de reglas manipuladoras que habían sido redactadas detallada y macabramente con el único fin de controlarle la vida matrimonial, personal, familiar y sexual. Todo comenzó cuando Eliza aceptó el lujoso anillo de compromiso. La primera cláusula era obviamente dedicada a la ridículamente cara sortija de oro blanco adornada con un ostentoso diamante solitario en forma de corazón. Sin duda alguna una argolla hermosa e irresistible que en su círculo perfecto más que un símbolo de amor eterno encerraba un ciclo de control machista e imperfectamente eterna manipulación enfermiza.

El documento de siete páginas de longitud delineaba cada una de las calculadoras normas que el futuro marido, que bien pudo haber sido un Juan o Roberto o Luis pero que en realidad no tenía nombre. O quizás no lo recuerdo, pero por propósitos de identidad y explicación llamaremos Gustavo.

1era. –Si el matrimonio no se llevara a cabo o si el mismo no durara más de tres años, Eliza deberá devolver el anillo de compromiso valuado en \$18,000 dólares, al menos que haya sido extraviado de manera creíble, o haya sido objeto de robo, respaldado por el correspondiente reporte original y copia de la policía.

2nda. –Eliza no podrá irse de viaje de placer o de negocios si no es acompañada de su marido.

3ra. –Los familiares de Eliza no podrán quedarse en casa por más de siete días.

4ta. –Eliza deberá tener relaciones sexuales con su esposo al menos cinco veces por semana.

5ta. –Eliza no podrá subir más de cinco kilos después de casarse y si lo hace deberá someterse a una rutina de ejercicios y dietas forzadas para recuperar su peso en un lapso de tres meses.

Nota: Si sube de peso debido a un embarazo el lapso de tiempo para recuperar su figura y peso ideal será extendido a seis meses.

6ta. –Eliza deberá darle a su marido al menos un hijo en los primeros cinco años de matrimonio.

7ma. –Eliza deberá dejar de trabajar cinco años consiguientes al nacimiento de cada uno de sus hijos para contribuir a la buena crianza y cuidado materno en sus primeros años, en los cuales Gustavo proveerá el dinero para mantener a la familia.

... sólo por mencionar algunos. Firmado ante notario público y privado, frente a testigos de ambas partes.

Meses después, poco antes de la boda, Gustavo comenzó a sospechar que Eliza le estaba siendo infiel. Sus continuas salidas a la universidad y al centro comercial le causaban celos enfermizos, tanto que contrató a un detective privado para que le ayudara a confirmar sus sospechas y obtener pruebas que incriminaran a su prometida.

El detective siguió a Eliza por varios días hasta que encontró algo que le pareció interesante y tomó un par de fotografías que a Gustavo le probarían que había hecho su trabajo. Efectivamente, Eliza aparecía en ellas con un hombre al cual saludaba y abrazaba con una sonrisa feliz. Al verlas, se enfureció de tal manera que subió a su coche y disparado se fue a buscar a la adúltera. Fue a la universidad donde la encontró con un grupo de amigos. Enfrente de ellos le hizo una escena de teatro, o más bien de película, una mezcla entre Hulk y Celostina. Los amigos de Eliza, quienes se avergonzaron de la

situación se fueron dejándolos solos, aunque un poco alarmados por la reacción violenta del psicópata. Gustavo no dejaba de gritar y acusarla de puta. Con los ojos enrojecidos y llorosos, le reclamaba su descaro. Eliza, desconcertada y humillada, insistía en que no había hecho nada malo, que el modelo de la foto era solamente un amigo y que un abrazo no significaba que lo estaba engañando. Encolerizado, renegó “No puedo casarme con una infame, se terminó, y no vine a que me des explicaciones, todo está muy claro, vine a que me devolvieras el anillo de compromiso.” Eliza, inundada en lágrimas, le rogaba “No, no me dejes, tú no me puedes dejar, yo te amo y nunca te he sido infiel, no me dejes por favor.” Pero al él no le importaron sus súplicas. Le arrancó el anillo y forcejearon hasta que Eliza logró arrebatárselo y en un momento de desesperación, sin pensarlo, se lo metió a la boca y se lo tragó, así sin agua ni nada, solamente con sus lágrimas líquidas que le permitieron pasar el trago amargo, frío y metálico. El diamante le raspó la garganta y por un momento sintió que se le quedaba atorado, asfixiado en su faringe. Gustavo trató de hacerla vomitar, pero Eliza pudo correr y escapar de sus garras.

Al día siguiente, Gustavo movió sus contactos para demandar a Eliza y obligarla a ir a corte para que le devolviera el anillo. El ex futuro esposo de Eliza tenía una petición rara y única, algo que jamás le habían exigido a una juez: el demandante ordenaba que la acusada defecara. El recalcó su petición mostrando en su mano derecha una caja de laxante para ayudarla a expulsar más rápido y eficazmente el tan costoso círculo vicioso. Gustavo mostraba orgullosamente su contrato premarital, el cual le daba derecho de recuperar su anillito, talvez para regalárselo a otra idiota, empeñarlo, venderlo o quizás guardarlo de recuerdo como un trofeo. Eliza, mientras tanto, se aferraba a decir que el anillo se había extraviado (y efectivamente se había extraviado en el intestino grueso).

Unos rayos X probaron que Gustavo no mentía y que evidentemente la sortija brillaba en la oscura estructura ósea de la embustera susodicha. La juez determinó que por cuestiones de salud, Eliza debía ir con un médico y tomar un líquido que le ayudara a desalojar el tan peleado anillo. Minutos más tarde, la argolla fue recuperada, limpiada y colocada en un recipiente rosado. Se lo entregó a Gustavo al mismo tiempo que hacía trizas el ridículo contrato.

Pero además de traganillos, Gustavo acusaba a Eliza de adúltera y le entregaba la evidencia de las fotografías a la juez. Ésta le recalcó que ni la audiencia ni ella encontraban evidencia de infidelidad en un simple saludo de amigos. Eliza insistía en que lo amaba y que nunca lo había engañado. Frente a la audiencia, él le pidió una oportunidad. Se fundieron en un abrazo de perdón mutuo y un beso pequeño en los labios. Ambos le prometieron a la juez ir a una terapia psicológica de pareja y de no crear ni seguir ningún estúpido contrato, ya que el amor no necesitaba contratos. Al irse de la corte, pude ver que iban tomados de la mano; me enfoqué en las de Eliza buscando escrutinadamente el famoso diamante, pero brilló por su ausencia.

Muerto

“Muerto. Tirado en el suelo, la sangre corría lentamente, sus ojos abiertos, muy abiertos...”

Nunca lo hubiera imaginado. Todavía no lo puedo creer y me queda un pedazo de esperanza. Tal vez sea alguien con el mismo nombre, la misma edad, la misma ciudad; tal vez cuando vea el féretro no sea él. Tal vez sea sólo una pesadilla y cuando lo vea pueda decirle que me da mucho gusto verlo y quizás hasta le dé un abrazo.

Me hubiera gustado no saber porqué fue. Tal vez solamente son mentiras, inventos, calumnias. Sí, eso debe ser, los criminales quisieron ensuciar su nombre. Yo no les creo. La policía dijo que el móvil del crimen había sido por deudas de drogas. En la escuela rumoran que las vendía. ¿Pero porqué hasta ahora? Si así hubiera sido, ya nos hubiéramos enterado; los muchachos son unos chismosos. No tiene lógica. Ni su coche, ni su apartamento eran lujosos. Siempre llevaba el dinero justo para el almuerzo, pocas veces le alcanzaba para prestarme cuando a mí me faltaba.

El funeral fue muy austero. El cajón permaneció cerrado, ni una ventana que dejara asomar su cara triste, quizás porque los asesinos le hicieron algún daño irreparable, lo desfiguraron, lo balearon, o lo apuñalaron. No lo sé; prefiero pensar que fue una decisión de la familia. Solamente dos arreglos pequeños a los lados, uno de flores celeste con una fotografía que decía con marcador negro “Hasta luego,” y uno de flores rosas y violetas del otro. Sobre el modesto ataúd un arreglo con flores rojas y blancas parecía solitario, como él. No hubo coronas gigantes, ni pequeñas; lo más triste, comentó una maestra, es que nadie sabía quién era. Su planta está triste, mira cabizbaja hacia el suelo. Al enterarme de la noticia, al llegar a casa, fui a regarla.

Parsimonia

Se desesperó de ver los minutos correr lentamente. No corrían, ni siquiera caminaban, sino que se arrastraban como si les corriera atole por las venas. Despertó enojada, con el gesto de desaprobación y arrepentimiento de tantas veces, con el sobresalto de la culpa que la perseguía silenciosa. Se detuvo para meditar; buscó lápiz y papel y se puso a escribir. Las voces le dictaban con rapidez, con el ímpetu de la desesperación, que se lanza como caballo desbocado. No podía parar, la fuerza decapitaba sus manos; no la dejaría en paz hasta dejarla desangrada ya sin fuerza y con los ojos desorbitados. Pero el tiempo se había estancado, mil veces prefirió la pena de muerte a la cadena perpetua. Sola, encerrada en su celda oscura y fría como su alma, con las paredes rasgadas de sangre, murió de impaciencia.

Cierro los ojos

Pensé que este momento no llegaría. Tenía la esperanza de que viniera a salvarnos a todos. Pero no fue así. De pronto, todo se vuelve oscuro, un estruendo, una explosión, un mar de lava. Cierro los ojos, ya sin esperanza; el calor consume mi cuerpo, el dolor es intenso. Cierro los ojos y pienso en la cruz y digo “que pase rápido.” Siempre quise morir dormida, sin darme cuenta, cerrar los ojos, dormir eternamente. Quizás de esa manera seguir en el mundo de los vivos, aferrada a la vida, como un alma en pena que no quiere irse.

NOTAS

¹ Ciudad Mier, Tamaulipas, es un pueblo pintoresco del norte de México que está localizado muy cerca de la frontera con Estados Unidos y que es considerado un “Pueblo Mágico.”

² “Sinforoso y Pomposa de La Colina” son personajes inventados por mí misma, que fueron creados con el propósito de montar una obra de teatro, mientras asistía a clases teatrales en la escuela Secundaria Federal Presidente Adolfo Ruiz Cortines, dirigidas por la profesora Diana.

³ Advanced Placement, que equivale a un curso a nivel universitario, que se toma en la preparatoria, y que a su término se puede presentar un examen de literatura donde se analiza la poesía y narrativa de cerca de 30 escritores hispanos para obtener crédito universitario.

⁴ La Vieja es el personaje protagónico de la obra *Tangentes* de Emilio Carballido. Es una anciana limosnara que está demente que después de doce años sigue buscando la nieta que perdió a la edad de 3 años.

⁵ Mother Maggie es el hada madrina de Cenicienta en *Cinderella Waltz* escrita por Don Nigro, pero que distinta de las hadas tradicionales, debido a mi notable acento y apariencia Latina, se modificó para convertirse en una hada madrina Latina y única.

⁶ La Llorona es uno de los personajes principales en *Bocón*, escrita por Lisa Loomer, que alude al personaje sacado de una leyenda de la cultura popular que se dice ahogó a sus hijos en un río y que se arrepintió y vaga en pena diciendo: “Ay, mis hijos.” En inglés se le conoce como “The Weeping Woman.”

⁷ Juana Gallo es un personaje revolucionario y se le conoce como una mujer fuerte de gran liderazgo y carácter a la cual representé en la obra de teatro musical “Historia de Amor: A Revolutionary Tale of Lost Love” de Rochelle Chapa Sinder.

⁸ La Muerte es un personaje de la obra *Soldado Razo* de Luis Valdez, el cual representé con un carácter femenino, inspirado en el personaje la famosa Catrina de Posadas.

BIBLIOGRAFÍA

- Carballido, Emilio. *D. F., 52 Obras en un acto*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Castellanos, Rosario. *El eterno femenino*. México: Fondo de Cultura Económica, 1974.
- . "Kinsey Report". Garganigo et al. 631-635.
- . "Lección de cocina". *Los amorosos*. Comp. Sergio González Rodríguez. México: Cal y Arena, 1993. 279-288.
- Chapa Sinder, Rochelle. *Historia de Amor: An Old Man's Revolutionary Tale of Lost Love*. McAllen, TX: RSC Productions, 2006.
- Cisneros, Sandra. *The House on Mango Street*. New York: Vintage Books, 1984.
- Cixous, Hélène. "La no nacida". *Textos de teorías y críticas literarias. Del formalismo a los estudios postcoloniales*. México: UAM/ Universidad de la Habana, 2003. 517-556.
- Cortázar, Julio. "Algunos aspectos del cuento". *Teoría cuentística del siglo XX*. Ed. Catharina V. de Vallejo. Miami, Florida: Ediciones Universal, 1989. 94-108.
- . "Del cuento breve y sus alrededores". Ed. Catharina V. de Vallejo. 109-117.
- De la Cruz, Sor Juana. "Redondillas". Garganigo et al. 156-158.
- Escamilla Cervantes, Fidencio. "Un mensaje a los que debieron ser mis padres". *Horizontes poéticos*. Nov. 12, 2008. 17 de enero de 2009. <antologiapoemas.wordpress.com/category/fidencio-escamilla-cervantes/>.
- Garganigo, John F. et al. Eds. *Huellas de las literaturas hispanoamericanas*. New Jersey: Prentice Hall, 2002.
- Guerra, Lucía. "Paradigmas de una nueva evaluación crítica". *Mujer y escritura: Fundamentos teóricos de la crítica feminista*. México, D. F.; Universidad Autónoma de México, 2007. 23-30.
- . "Hélène Cixous y la utopía de la escritura femenina". 44-51.

- Gullón, Germán. “La (cambiante) representación de la mujer en la narrativa española contemporánea: *Chamábase Luis* de Marina Mayoral”. *Discurso femenino actual*. Comp. Adelaida López de Martínez. San Juan, Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995.
- Loomer, Lisa. *Bocón*. New York: The Dramatic Publishing Company, 1998.
- Martí, José. “La bailarina española”. *Versos sencillos/ Simple verses*. Trans. by Manuel A. Tellechea. Houston: Arte Público Press, 1997.
- Neruda, Pablo. “Sobre una poesía sin pureza”. Garganigo et al. 440.
- . “Una expresión dispersa”. Garganigo et al. 439.
- Nigro, Don. *Cinderella Walt: A Play*. New York: Samuel French, 1994.
- Ortiz, Fernando. “Del fenómeno social de la “transculturación” y de su importancia en Cuba”. Garganigo et al. 457-462.
- Otero Rejón, Javier. “Lo que hizo falta”. *Lecturas para compartir*. 18 de marzo de 2008. <www.lecturasparacompartir.com/reflexion/loquehizofalta.html>.
- Storni, Alfonsina. “Hombre pequeñito”. Garganigo et al. 396.
- . “Tú me quieres blanca”. Garganigo et al. 393-395.
- Quiroga, Horacio. “Decálogo del perfecto cuentista”. *Teoría cuentística del siglo XX*. Miami, Florida: Ediciones Universal, 1989. 69-71.
- Valdez, Luis. *Early Works: Actos, Bernabé and Pensamiento Serpentino*. Houston: Arte Público Press, 1990.

BIOGRAFÍA

Erika Elisa Garza, residente del 410 S. Coyote Ave. en La Joya, Texas, se graduó de La Joya High School en mayo de 2004. Dos años más tarde, en el 2006, obtuvo su licenciatura en artes (BA) en Español con una especialidad en Inglés y en diciembre de 2009 logró graduarse con su maestría en artes (MA) de la Universidad de Texas Pan-American.

Trabajó como asistente de investigación y tutora de español en la universidad de donde graduó. Comenzó a trabajar profesionalmente como maestra en la preparatoria La Joya High School en agosto de 2006. Impartió clases de Inglés como Segundo Idioma (ESL), Inglés y Artes del Lenguaje (ELA), Interpretación Oral, Escritura Práctica, Escritura Creativa y actualmente enseña Lectura en la misma institución.

Entre sus presentaciones se incluyen “Rosario Castellanos: las conexiones entre *El eterno femenino*, “Lección de cocina”, *Mujer que sabe latín* y “Kinsey Report” presentada en el XIX Simposio Internacional del Español, como también “*The Invisible Border Wall: Overt and Covert Language Policy and ideology among Border Mayors in Texas*” presentado en Washington en la conferencia AAAL, ambos en el 2008. Algunas de sus lecturas creativas incluyen “Insomnio”, “Disfraz”, “Lección de disciplina”, “Testigo mudo” y “Mi reflejo” presentadas en el 2006, 2007 y 2009 en eventos tales como el XVII y XVIII Simposio Internacional del Español, FESTIBA, y el II Coloquio Estudiantil en UTPA. Fue presidente de la Sociedad Honoraria Hispánica y de ACTUE.